

EMMANUEL CARRÈRE

*Una semana
en la nieve*

PREMIO FEMINA



Lectulandia

Nicolas, de ocho años, va a pasar una semana en la nieve. Va a disfrutar, junto con sus compañeros del colegio, de una semana de diversión en una estación de esquí. Es lo que en las escuelas francesas se conoce como semana blanca, que permite que los niños se oxigenen con unas breves vacaciones y rompan por unos días la rutina de las clases. En ese paisaje nevado y gélido, Nicolas conoce a su monitor de esquí y hace un nuevo amigo, el temible Hodkann, el terror de los dormitorios. Pero esos días de diversión tendrán para él mucho de viaje iniciático: el lector no tarda en ir percibiendo que sobre esa semana en la nieve planea una amenaza, un desasosiego difuso, una incertidumbre perturbadora, que se materializará de un modo terrible cuando llega la noticia de que en un pueblo vecino ha sido asesinado un niño...

Mezclando la crónica de sucesos, el relato fantástico y el inquietante universo de los cuentos de Perrault o los Grimm, Emmanuel Carrère aborda con sutileza y auténtica maestría literaria los temores infantiles, las inseguridades de una etapa en la vida de una persona en la que los miedos pueden convertirse en pesadillas.

Lectulandia

Emmanuel Carrère

Una semana en la nieve

Premio Fémina

ePub r1.0

Titivillus 25.03.15

Título original: *La Classe de neige*

Emmanuel Carrère, 1995

Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Más tarde, durante mucho tiempo, Nicolas intentó recordar las últimas palabras que le había dirigido su padre. Se había despedido de él en la puerta del albergue, repitiéndole una y otra vez consejos de prudencia, pero Nicolas se sentía tan molesto por su presencia, tenía tantas ganas de verlo marcharse que no le había escuchado. Le echaba en cara que estuviera allí, que atrajera sobre ellos miradas que adivinaba burlonas, y se había zafado, agachando la cabeza, del beso de despedida. En la intimidad familiar, semejante gesto le hubiera valido reproches, pero sabía que allí, en público, su padre no se atrevería a hacérselos.

Antes, en el coche, habían hablado. Nicolas, sentado detrás, apenas lograba que su padre le oyera debido al ruido de la ventilación, puesta al máximo para desempañar los cristales. Le preocupaba saber si encontrarían en la carretera una gasolinera Shell. Por nada del mundo habría consentido, aquel invierno, que compraran la gasolina en otro sitio porque Shell regalaba cupones que permitían ganar un hombrecillo de plástico cuya parte superior se levantaba como la tapa de una caja, descubriendo el esqueleto y los órganos: podían quitarse y ponerse y así familiarizarse con la anatomía del cuerpo humano. El verano anterior, en las gasolineras Fina, ganabas colchones neumáticos y barcos hinchables. En otras, regalaban tebeos, cuya colección completa tenía Nicolas. Se consideraba privilegiado, cuando menos bajo ese punto de vista, por la profesión de su padre, que se pasaba el tiempo en la carretera y llenaba el depósito cada dos o tres días. Antes de que saliera de viaje, Nicolas le pedía que le indicara el recorrido en el mapa, calculaba el número de kilómetros y lo convertía mentalmente en cupones que guardaba en la caja fuerte, del tamaño de una caja de puros, cuya combinación sólo conocía él. Se la habían regalado sus padres por Navidad —«para tus secretillos», había dicho su padre—, y Nicolas se había empeñado en llevársela en la bolsa. Le habría gustado, durante el viaje, volver a contar los cupones y calcular cuántos le faltaban, pero la bolsa estaba en el maletero y su padre no quiso detenerse para abrirlo: aprovecharían la primera parada. Al final, no hubo gasolinera Shell ni parada antes del albergue. Al ver a Nicolas decepcionado, su padre prometió circular lo suficiente de ahí al final del curso de esquí como para ganar la figura anatómica. Si le dejaba los cupones, se la encontraría al regresar a casa.

La última parte del trayecto la hicieron por carreteras pequeñas, no lo bastante nevadas como para tener que poner cadenas, y eso también decepcionó a Nicolas. Antes, habían circulado por la autopista. En un momento dado, la circulación perdió fluidez y se atascó durante unos minutos. El padre de Nicolas, irritado, tamborileó sobre el volante mascullando que eso no era normal, entre semana y en febrero. Desde el asiento trasero, Nicolas no podía ver más que su perfil borroso, su recia nuca hundida en el cuello del abrigo. Por fin, se pusieron en movimiento los coches. El padre de Nicolas suspiró, se relajó un poco: lo más seguro es que sólo se tratase de

un accidente. Nicolas no dijo nada, pero no pudo por menos de escandalizarse al oír el tono de alivio con que lo decía: como si un accidente, por el hecho de provocar un simple atasco de breve duración, reabsorbido con la llegada del auxilio, pudiera ser contemplado como algo deseable. Estaba escandalizado pero también le embargaba la curiosidad. Con la nariz pegada al cristal, esperaba ver los coches en acordeón, los cuerpos ensangrentados transportados en camillas en medio de las luces giratorias, pero no vio nada, y su padre, sorprendido, dijo que no, a fin de cuentas no debía de ser eso. Desapareció el atasco pero subsistió el misterio.

2

La partida al curso de esquí tuvo lugar la víspera, en autocar. Pero diez días atrás se había producido un drama, del que aparecieron imágenes en las noticias: un camión había embestido a un autocar escolar y murieron varios niños atrozmente abrasados. Al día siguiente se celebraba en la escuela una reunión para organizar el curso de esquí. Los padres debían recibir las últimas instrucciones con respecto a la ropa que habían de llevar sus hijos, las prendas que era necesario marcar, los sobres con sellos que tenían que darles para que escribiesen a casa, y las llamadas telefónicas que por el contrario era preferible evitar, salvo en caso de fuerza mayor, con el fin de que se sintiesen plenamente libres donde estuviesen y no ligados por un hilo a su ambiente familiar. Esta última consigna topó con la oposición de varias madres: todavía eran muy pequeños... La maestra, armándose de paciencia, repitió que se hacía en interés de ellos. El principal objetivo de tal estancia era enseñarles a volar con sus propias alas.

El padre de Nicolas dijo entonces, con tono bastante brusco, que, a su entender, el principal objetivo de la escuela no era aislar a los niños de sus familias y que él no se lo pensaría dos veces si le apetecía telefonear. La maestra abrió la boca para contestar, pero él la cortó. Había venido para plantear un problema mucho más serio: el de la seguridad en el autocar. ¿Qué seguridad tenían de que no ocurriría una catástrofe como la que todo el mundo había visto la víspera en imágenes? Sí, ¿qué seguridad?, repitieron otros padres, que quizá no se habían atrevido a formular la pregunta, pero que debían de tenerla en mente. La maestra reconoció que no se podía estar seguro, por desgracia. Únicamente podía decir que eran muy estrictos en materia de seguridad, que el conductor conducía con prudencia y que la vida entrañaba de por sí toda clase de riesgos. Si los padres querían tener la total certeza de que a sus hijos no los atropellaría nunca un coche, lo que deberían hacer era no dejarlos salir nunca de casa; aun así, tampoco estarían a salvo de sufrir un accidente con un electrodoméstico, o, sencillamente, de una enfermedad. Algunos padres admitieron la exactitud del argumento, pero a muchos les chocó el fatalismo con que lo exponía la maestra. Hasta sonreía al decirlo.

—¡Se nota que no son sus hijos! —le espetó el padre de Nicolas.

La maestra, dejando de sonreír, contestó que ella también tenía un hijo y que éste había ido al curso de esquí el año anterior, en autocar. Entonces el padre de Nicolas declaró que prefería llevar él mismo a su hijo al albergue: al menos así sabría quién iba al volante.

La maestra observó que había más de cuatrocientos kilómetros.

Tanto daba, estaba decidido.

Pero no sería bueno para Nicolas, protestó la maestra. Para su integración en el grupo.

—Se integrará perfectamente —dijo el padre de Nicolas; y sonrió con sorna—:

No me diga que llegar en coche con su papá lo convertirá en un marginado.

La maestra le pidió que lo meditase seriamente, le propuso que hablase con la psicóloga, quien le confirmaría su opinión, pero admitió que en última instancia él era quien debía tomar la decisión.

Al día siguiente, en la escuela, la maestra quiso comentarlo con Nicolas, para saber de quién venía la idea. Con pies de plomo, como siempre que hablaba con él, le preguntó qué prefería. La pregunta incomodó a Nicolas. En el fondo de sí mismo, sabía perfectamente que habría preferido viajar en autocar como todo el mundo. Pero su padre estaba decidido, no cambiaría de parecer, y Nicolas no quería, de cara a la maestra y a los demás alumnos, parecer que actuaba obligado. Se encogió de hombros, dijo que le daba lo mismo, que ya estaba bien así. La maestra no insistió: había hecho lo que había podido y, puesto que estaba claro que no lograría nada, más valía no dramatizar la situación.

Nicolas y su padre llegaron al albergue poco antes de que anoheciera. Los demás, que habían llegado la víspera, habían recibido ya su primera clase de esquí y ahora estaban en una gran sala, en la planta baja, donde proyectaban una película sobre la flora y la fauna alpina. Interrumpieron la proyección para anunciar a los recién llegados. Mientras la maestra hablaba en el vestíbulo con el padre de Nicolas y le presentaba a los dos monitores, los niños se pusieron a alborotar en la sala. Nicolas, de pie en el umbral, los miraba sin atreverse a unirse a ellos. Oyó a su padre preguntar cómo tenían organizado el esquí, y al monitor contestarle riendo que había poca nieve, que los críos aprendían a esquiar sobre todo en la hierba, pero que era un comienzo. Su padre quiso saber también si al final del curso les darían un diploma. ¿Una medalla tal vez? El monitor volvió a reírse y dijo: «Puede que algún papelito.» Nicolas se balanceaba sobre uno y otro pie, con cara impenetrable. Cuando su padre se marchó por fin, se dejó besar de mala gana y no salió afuera a despedirse. Desde el vestíbulo, escuchó con alivio rugir el motor diésel por la explanada y luego alejarse.

La maestra pidió a los monitores que pusiesen orden y siguiesen proyectando la película mientras ella ayudaba a Nicolas a acomodarse. Le preguntó dónde estaba su bolsa, para subirla al dormitorio. Nicolas miró a su alrededor, sin ver la bolsa. No entendía.

—Pensaba que estaba aquí —murmuró.

—Pero ¿la has traído? —preguntó la maestra.

Sí, Nicolas recordaba muy bien cuando la metieron en el maletero, entre las cadenas y los maletines con muestras de su padre.

—Y, al llegar, ¿la habéis sacado del maletero?

Nicolas sacudió la cabeza mordiéndose los labios. No estaba seguro. O mejor dicho, sí: ahora estaba seguro de que habían olvidado sacarla. Se apearon del coche, luego su padre volvió a subir y en ningún momento abrieron el maletero.

—¿Será posible? —dijo la maestra, enfadada.

El coche había salido hacía cinco minutos, pero era ya demasiado tarde para alcanzarlo. Nicolas estaba a punto de echarse a llorar. Balbució que no era culpa suya.

—Aun así, se te podía haber ocurrido —suspiró la maestra.

Al ver la cara de consternación del niño, se calmó, se encogió de hombros y dijo que era una tontería, que tampoco era tan grave. En cualquier caso, su padre se daría cuenta enseguida. Sí, confirmó Nicolas, cuando abriese el maletero para sacar los maletines con las muestras. La maestra concluyó que no tardaría en volver con la bolsa. Sí, sí, dijo Nicolas, fluctuando entre el deseo de recobrar sus cosas y el temor a ver reaparecer a su padre.

—¿Sabes dónde piensa pararse a dormir? —preguntó la maestra.

Nicolas no lo sabía.

Ya había caído la noche, lo que hacía poco probable que el padre de Nicolas

trajese la bolsa antes de la mañana del día siguiente. Por lo tanto, había que buscar una solución para la noche. La maestra regresó con Nicolas a la sala grande, donde había concluido la proyección y se disponían a poner la mesa para cenar. Al cruzar el umbral tras ella, le asaltaron las penosas impresiones del novato que no está al tanto de nada y de quien a buen seguro van a burlarse. Notaba que la maestra hacía cuanto podía para protegerlo de la hostilidad y de las burlas. Tras dar unas palmadas para llamar la atención, anunció con tono de broma que Nicolas, que como siempre estaba en la luna, se había dejado la bolsa. ¿Quién quería prestarle un pijama? Como sea que la lista fotocopiada preveía que cada cual trajese tres, cualquiera podía acceder a ese préstamo, pero nadie se ofreció.

Sin atreverse a mirar al corro de niños congregados en torno a ellos, Nicolas se mantenía cerca de la maestra, que repitió su petición impacientándose un poco. Oyó risas contenidas, y luego una frase a cuyo autor no identificó, pero que provocó una carcajada general:

—¡Y que se mee encima!

Era una maldad gratuita, indudablemente espetada al azar, pero que daba en el blanco. Nicolas todavía se orinaba alguna vez en la cama, pocas veces, pero lo suficiente para que le diera miedo dormir fuera de casa. Desde que se empezó a hablar del curso de esquí, aquello constituía uno de sus grandes motivos de inquietud.

Primero dijo que no quería ir. Su madre quiso ver a la maestra, que la tranquilizó: seguro que no sería el único, y además ese tipo de trastorno desaparecía con frecuencia en colectividad; bastaría, por si acaso, ponerle un pijama más y un hule para proteger el colchón. Pese a tan tranquilizadoras palabras, Nicolas había observado la preparación de su bolsa con ansiedad: si iban a dormir en grupo, ¿cómo podía colocar el hule debajo de la sábana sin que nadie lo advirtiese? Esta preocupación, y algunas otras de la misma índole, le habían torturado antes de la marcha, pero ni en la peor pesadilla habría podido imaginar lo que le estaba ocurriendo en la realidad: verse sin bolsa, sin hule, sin pijama y reducido a mendigar uno que se negaban a prestarle mofándose de él, y desde el primer día calado, como si llevase escrito su oprobio en la cara.

Por fin, alguien dijo que le prestaría un pijama. Era Hodkann. Eso también suscitó risas, porque era el más alto de la clase y Nicolas uno de los más bajos, de modo que cabía preguntarse si el ofrecimiento no apuntaba a ridiculizarlo más. Pero Hodkann cortó en seco las burlas diciendo que quien se metiese con Nicolas tendría que vérselas con él. Nicolas le lanzó una mirada de inquieto agradecimiento. La maestra parecía aliviada, pero perpleja, como si se maliciase una trampa. Hodkann poseía sobre los demás chicos una gran autoridad, que ejercía de forma caprichosa. En todos los juegos, por ejemplo, los demás se definían con relación a él, sin saber de antemano si iba a desempeñar el papel de árbitro o el de jefe de banda, impartir justicia o violarla cínicamente. Podía, con unos segundos de intervalo, mostrarse extraordinariamente amable y extraordinariamente brutal. Protegía y recompensaba a

sus vasallos, pero también los repudiaba sin motivo, los sustituía por otros a quienes hasta entonces había desdeñado o maltratado. Con Hodkann, jamás sabía uno a qué atenerse. Se le admiraba y se le temía. Hasta los adultos parecían temerle: además, tenía casi la estatura de un adulto, la voz de un adulto, sin esa torpeza de los niños que han crecido demasiado deprisa. Se movía y hablaba con una seguridad casi fuera de tono. Podía ser grosero, pero también expresarse con una distinción, una riqueza y una precisión de vocabulario sorprendentes para su edad. Sacaba o muy buenas notas o muy malas, sin que ello pareciese preocuparle. En la ficha que se llenaba a principio de curso, había escrito «padre: fallecido», y se sabía que vivía solo con su madre. Los sábados al mediodía, únicamente ese día, ésta acudía a buscarlo en un pequeño deportivo rojo. No se apeaba del coche, pero podía advertirse que con su belleza agresiva, maquillada, sus mejillas chupadas, su melena de cabellos rojizos que parecían inextricablemente mezclados, no era como las demás madres de alumnos. Salvo los sábados, Hodkann acudía al colegio solo, en tranvía. Vivía lejos, todos se preguntaban por qué no iba a un colegio que quedara más cerca de su casa, pero ese tipo de pregunta que habría sido fácil hacerle a otro resultaba imposible con Hodkann. Al verlo alejarse hacia la parada de tranvía, con su bolsa al hombro —era el único que no llevaba cartera en la espalda—, sus compañeros intentaban en vano, y cada cual para sí porque nadie se atrevía a hablar de él en su ausencia, imaginar el trayecto, el barrio donde vivían su madre y él, su piso, su habitación. La idea de que en algún punto de la ciudad existiera un lugar que era la habitación de Hodkann tenía algo de improbable y a la par de misteriosamente atrayente. Nadie había penetrado jamás en su casa, y tampoco él iba a las de los demás. Nicolas compartía con él esa singularidad, en su caso más discreta, y esperaba que nadie se hubiese dado cuenta. A ningún niño se le ocurría invitarlo ni pedirle a él que le invitara. Era tan apagado y temeroso como Hodkann atrevido y autoritario. Desde principio de curso le daba un miedo horrible que Hodkann se fijase en él o le preguntase algo, y en varias ocasiones había tenido pesadillas en las que éste lo elegía de chivo expiatorio. Por eso se inquietó mucho cuando Hodkann, cual emperador romano presa en el circo de un arranque de mansedumbre, puso fin al suplicio del pijama. Aunque lo tomase bajo su protección, podía perfectamente abandonarlo después, o entregarlo a los demás tras azuzarlos contra él. Muchos buscaban esa protección, pero todos sabían que el favor de Hodkann resultaba peligroso, y Nicolas había logrado hasta la fecha no llamar su atención. Ahora todo se había acabado; por culpa de su padre, había llamado la atención de todo el mundo y adivinaba que su presentimiento era fundado: el curso de esquí iba a ser una experiencia terrible.

La mayoría de los alumnos comía habitualmente en el comedor escolar, exceptuando a Nicolas. Su madre iba a buscarlos a él y a su hermano pequeño, todavía en el parvulario, y comían los tres en casa. Su padre decía que tenían mucha suerte y que sus compañeros eran dignos de compasión por quedarse a comer en el colegio, donde se comía mal y había continuas peleas. Nicolas opinaba como su padre, y si se lo preguntaban se declaraba feliz de salvarse de la mala comida y de las peleas. Con todo, observaba que los vínculos más fuertes entre sus compañeros se establecían sobre todo entre las doce y las dos, en el comedor y en el patio cubierto por donde deambulaban después de comer. Durante su ausencia, se habían arrojado *petits suisses* a la cara, los vigilantes los habían castigado, habían concertado alianzas y cada vez, cuando su madre volvía a llevarlo, era como si hubiese sido nuevo y tuviese que reanudar desde cero las relaciones entabladas por la mañana. Nadie, aparte de él, las recordaba: habían sucedido demasiadas cosas durante las dos horas de comedor.

Sabía que en el albergue ocurriría lo que en el comedor, pero a lo largo de dos semanas, sin interrupción ni posibilidad de regresar a su casa si aquello resultaba demasiado duro. Temía eso, y sus padres también, hasta el punto de que le habían pedido al médico si podía extenderle un certificado para que Nicolas no fuera. Pero el médico se había negado, asegurando que la estancia le sentaría muy bien.

En el albergue, aparte de la maestra y del conductor del autocar, responsable asimismo de la cocina, había dos monitores, Patrick y Marie-Ange, quienes, cuando Nicolas se incorporó al grupo, estaban formando equipos para poner la mesa: unos se encargaban de los cubiertos, otros de los platos, y se organizaban así. Patrick era el que le había hablado riendo al padre de Nicolas del esquí sobre hierba. Alto, ancho de hombros, tenía la cara angulosa y curtida, ojos muy azules y el pelo largo recogido en una coleta. Marie-Ange, un poco regordeta, tenía un diente de delante roto. Ambos llevaban chándales verdes y malvas, y en la muñeca esas pulseras de hilo trenzado, multicolores, que se anudan formulando un deseo y que hay que llevar puestas hasta que se suelten por sí solas: entonces, en principio, se ve realizado el deseo. Patrick poseía toda una reserva de esas pulseras y las repartía, a modo de condecoraciones, entre los chicos cuyo comportamiento le agradaba. Nada más llegar Nicolas, le dio una, lo que indignó a varios chicos que esperaban conseguirla: ¡Nicolas no había hecho nada para merecerla! Patrick se rió y, en vez de decir que había que consolar al pobre Nicolas, que había perdido sus cosas, contó que cuando su hermana y él eran pequeños, su padre castigaba siempre al uno cuando el otro había hecho una tontería, y a la inversa, para que aprendieran desde muy pronto que la vida es injusta. Nicolas le agradeció en silencio que no le hubiera dejado como un niño mimado y llorón y, mientras recorría las mesas repartiendo las cucharas soperas, meditó sobre el deseo que iba a formular. Pensó primero en pedir no hacerse pipí en la cama aquella noche, y luego no hacérselo durante toda su estancia allí. Después se dio cuenta de que, ya

puestos, podía pedir que todo fuera bien durante aquellos días. ¿Y por qué no pedir que todo fuera bien durante toda su vida? ¿Por qué no formular el deseo de que todos sus deseos se vieran siempre cumplidos? La ventaja de un deseo lo más general posible, que englobase todos los deseos particulares, parecía a primera vista tan evidente que se olió que había alguna trampa, como en la historia de los tres deseos, que conocía en su versión simpáticamente infantil, la del campesino cuya nariz se convierte en salchicha, pero también en una versión mucho más horrible.

Encima de la cama de sus padres, en casa, había unas estanterías cargadas de muñecas con trajes folclóricos y de libros. La mayoría de éstos trataban de bricolaje o de la curación mediante las plantas, pero dos de ellos interesaban a Nicolas. El primero, un grueso volumen verde, era el diccionario médico, que no se atrevía a llevarse a su habitación, por miedo a que lo echaran en falta, y tenía que leerlo a trocitos, con el corazón palpitante, mirando de reojo por la puerta entreabierta. El otro se llamaba *Historias de miedo*. La ilustración de la tapa, toscamente diseñada, mostraba a una mujer de espaldas mirándose en un espejo, y en ese espejo se veía un esqueleto gesticulante. Era un libro de bolsillo, más manejable que el diccionario. Sin decir nada, adivinando que se lo quitarían alegando que no era adecuado para su edad, Nicolas lo había bajado y escondido en su cuarto, detrás de sus libros. Cuando lo leía, tumbado boca abajo, atravesado en la cama, tenía preparado para servirle de tapadera, en caso de peligro, el tomo de los *Cuentos y leyendas del Antiguo Egipto*, donde había leído diez veces la historia de Isis y Osiris. Una de las «historias de miedo» contaba cómo una pareja de ancianos descubre las propiedades de una especie de amuleto, una pata de mono, negruzca, seca, capaz de satisfacer los tres deseos que formulase su dueño. El hombre, sin pensarlo ni tampoco creérselo demasiado, pide cierta cantidad de dinero que necesita para reparar el tejado de su casa. De inmediato, su mujer le reprocha su estupidez: tenía que haber pedido mucho más, ¡ha desperdiciado el deseo! A las pocas horas, llaman a la puerta. Es un empleado de la fábrica donde trabaja su hijo. Está muy alterado, viene a anunciarles una terrible noticia. Un accidente. Su hijo ha quedado atrapado entre los engranajes de una máquina y ha muerto despedazado. El director de la fábrica les ruega que acepten cierta cantidad, para el entierro: ¡exactamente la que había pedido el padre! La madre grita de dolor y a su vez formula un deseo: ¡recobrar a su hijo! Y he aquí que, al caer la noche, vienen a arrastrarse delante de la puerta los trozos de su cuerpo despedazado, pequeños bultos de carne sanguinolenta que se retuercen en la escalerilla, una mano cortada que intenta introducirse en la casa en la que, petrificados de espanto, se han parapetado los padres. Sólo les queda un deseo: ¡que esa cosa sin nombre desaparezca! ¡Que muera de una vez!

Dormían seis en cada dormitorio y quedaba una cama libre en el de Hodkann, que, sin consultar el parecer de nadie, declaró que la ocuparía Nicolas. A la maestra le pareció bien: aunque desconfiaba de sus veleidosos cambios de carácter, aprobaba que el mayor de la clase amparase al más pequeño, a ese Nicolas temeroso y demasiado protegido que le inspiraba un poco de lástima. Los dormitorios estaban equipados con literas superpuestas. Tras decretar Hodkann que Nicolas ocuparía la de arriba, éste trepó por la escalera y se enfundó el pijama prestado contorsionándose y subiéndose mangas y perneras. La chaqueta le llegaba a las rodillas y la cintura le quedaba anchísima. Tuvo que ir a los servicios sujetándose el pantalón con las dos manos. Además, no tenía zapatillas, ni toalla, ni manopla, ni cepillo de dientes, accesorios que no podían prestarle ya que cada uno poseía un solo ejemplar. Por fortuna, nadie se dio cuenta y consiguió escabullirse sin que se fijaran en él en medio del barullo del aseo nocturno, para ser uno de los primeros en acostarse. Patrick, que era el encargado de su dormitorio, se acercó a revolverle el pelo y le dijo que se tranquilizara: todo iría bien. Y si algo iba mal, no tenía más que ir a contárselo a él, Patrick, ¿prometido? Nicolas lo prometió, fluctuando entre el alivio real que le procuraba esa seguridad y la penosa impresión de que todo el mundo esperaba que a él le pasase algo malo.

Cuando todos estuvieron acostados, Patrick apagó la luz, les dio las buenas noches y cerró la puerta. Todo quedó a oscuras. Nicolas pensaba que inmediatamente empezaría el jaleo, una batalla de almohadas en la que llevaría las de perder, pero no fue así. Comprendió que todos esperaban para hablar a que les autorizara Hodkann. Éste dejó que el silencio se prolongase un buen rato. Los ojos se acostumbraban a la oscuridad. Las respiraciones se tornaban más regulares, pero aun así se advertía una espera.

—Nicolas —dijo por fin Hodkann, como si estuviesen solos en el dormitorio y los demás no existieran.

—¿Sí? —murmuró Nicolas como un eco.

—¿A qué se dedica tu padre?

Nicolas contestó que era representante. Estaba bastante orgulloso de esa profesión que le parecía prestigiosa, incluso un tanto misteriosa.

—Entonces, viajará mucho —preguntó Hodkann.

—Sí —dijo Nicolas y, repitiendo una expresión que había oído a su madre, agregó—: Está todo el día en la carretera.

Iba a lanzarse a hablar de las ventajas que ello suponía, de los regalos de las gasolineras y todo eso, pero no le dio tiempo: Hodkann quería saber qué clase de artículos vendía su padre. Para sorpresa de Nicolas, no parecía preguntárselo para tomarle el pelo, sino porque la profesión de su padre le inspiraba auténtica curiosidad. Nicolas dijo que era representante de material quirúrgico.

—¿Pinzas? ¿Bisturís?

—Sí, y también prótesis.

—¿Piernas de madera? —inquirió Hodkann, alborozado, y Nicolas sintió como una señal de alarma en lo más hondo, como un aviso de burla que se avecinaba.

—No —dijo—, de plástico.

—¿Y se pasea con piernas de plástico en el maletero del coche?

—Sí, y también brazos, manos...

—¿Cabezas? —saltó muerto de risa Lucas, un chico pelirrojo que llevaba gafas y que, hasta el momento, parecía dormido como los demás.

—¡No! —exclamó Nicolas—, ¡cabezas no! ¡Es representante de material quirúrgico, no de artículos de broma!

Una risita indulgente de Hodkann saludó esta réplica, y Nicolas se sintió de pronto muy orgulloso y a sus anchas: con la protección de Hodkann, también él podía soltar gracias y provocar risas.

—¿Te ha enseñado esas prótesis? —siguió preguntando Hodkann.

—Claro —afirmó Nicolas, a quien ese primer éxito había conferido aplomo.

—¿Te has probado alguna?

—No, es imposible. Como se colocan en vez de la pierna o del brazo, si ya tienes pierna o brazo de verdad no puedes encajarlas en ningún sitio.

—Yo —dijo Hodkann con voz apacible—, si fuera tu padre, te utilizaría a ti para hacer las demostraciones. Te cortarían los brazos y las piernas, adaptaría las prótesis y te enseñaría tal cual a mis clientes. Sería una buena publicidad.

Los ocupantes de la litera contigua soltaron una carcajada. Lucas dijo algo referente al capitán Garfio, de Peter Pan, y Nicolas tuvo miedo, de repente, como si Hodkann revelara por fin su auténtico rostro, mucho más peligroso de lo que se había temido. Serviles, los gregarios empiezan ya a reírse mientras el déspota busca indolentemente en su imaginación el más refinado de los suplicios. Pero Hodkann, advirtiendo lo que su frase tenía de amenazador, la enmendó diciendo con esa sorprendente dulzura de la que era capaz:

—Es broma, Nicolas. Tranquilo.

Luego quiso saber si al día siguiente, cuando viniese el padre de Nicolas a traerle la bolsa, podrían ver las famosas prótesis y esos estuches de instrumentos quirúrgicos. La idea inquietó a Nicolas:

—No son juguetes, ¿sabes? Sólo se los enseña a los clientes...

—¿Y no nos los enseñaría si se lo pedimos? —insistió Hodkann—. ¿Y si se lo pides tú?

—No lo creo —musitó Nicolas.

—¿Y si le dices que a cambio no te pegará nadie durante el curso de esquí? Nicolas no contestó. De nuevo tenía miedo.

—Bueno —concluyó Hodkann—, entonces ya me espabilaré yo.

Transcurrió un momento. Luego ordenó a la concurrencia:

—Ahora, a dormir.

Oyeron moverse su corpachón en la cama, hasta que dio con una postura cómoda, y todo el mundo comprendió que se había acabado la charla.

No se oía ya ruido, pero Nicolas no sabía si los demás dormían. Quizá, por temor a suscitar las iras de Hodkann, fingían hacerlo, y quizá Hodkann también, para sorprender a quien osara infringir la consigna. Nicolas, por su parte, no quería dormir. Temía hacerse pipí en la cama y mojar el pijama de Hodkann. O, peor todavía, traspasar el colchón, al no tener hule, y mojar al propio Hodkann, que estaba debajo de él. El maloliente líquido empezaría a gotear en su cara de tigre, Hodkann arrugaría la nariz, se despertaría, y la que se armaría. La única solución, para evitar semejante catástrofe, era no dormirse. Según las manecillas fosforescentes de su reloj, eran las nueve y veinte, y se levantaban a las siete y media, o sea que quedaba una larga noche por delante. Pero no era la primera vez, estaba entrenado.

El año anterior, el padre de Nicolas los había llevado a su hermano pequeño y a él a un parque de atracciones. Debido a la diferencia de edad, a ambos hermanos les interesaban cosas distintas. A Nicolas le atraían sobre todo la casa encantada, el tren fantasma y la noria; a su hermano, las atracciones para pequeños. Su padre se esforzaba en proponerles soluciones de compromiso, y se irritaba cuando las rechazaban. En un momento dado, pasaron debajo de una noria camuflada de oruga que describía un veloz círculo en las alturas. Los pasajeros, asidos a las barras de apoyo de sus pequeñas cabinas, quedaban boca abajo, proyectados hacia el cielo por la fuerza centrífuga. Aquello daba vueltas muy deprisa, cada vez más deprisa, se les oía gritar y bajaban pálidos, temblándoles las piernas, pero encantados de la experiencia. Un chico de la edad de Nicolas gritó a éste que aquello era genial, y el padre del chico, que había subido con él, dirigió al padre de Nicolas una mirada de complicidad, como diciéndole que más que genial era de no te menees. Nicolas quería probarlo, pero su padre le señaló, en la ventanilla, un letrero donde se advertía que los menores de doce años debían subir acompañados.

—Bueno, pues me acompañas —dijo Nicolas—, ¡por favor te lo pido, acompáñame!

Su padre, que en cualquier caso no parecía muy proclive a dejarse sacudir por los aires, se negó so pretexto de que no podían subir con su hermanito, que tendría miedo, ni dejarlo solo, sin nadie que lo vigilase. Entonces, el padre del chico que acababa de hacer un viaje se brindó amablemente a cuidar del hermanito durante los tres minutos que duraba la atracción. Aunque mayor, se parecía un poco a Patrick, el monitor: llevaba una cazadora tejana y no una pesada chaqueta de *loden*, como el padre de Nicolas. Tenía una cara jovial. Nicolas lo miró agradecido, y miró luego a su padre, esperanzado. Pero éste contestó secamente al padre del chico que no se molestase. Cuando Nicolas abrió la boca para intentar convencerlo, su padre le lanzó una mirada amenazadora y lo agarró de la nuca para que echara a andar. Se alejaron de la oruga en silencio. Nicolas no se atrevía a protestar mientras el chico y su padre pudiesen verlos. Imaginaba, a su espalda, sus miradas sorprendidas: ¿a qué venía esa

marcha tan brusca en respuesta a un amable ofrecimiento? Cuando juzgó que se habían alejado lo suficiente, el padre de Nicolas se detuvo y proclamó severamente que, cuando él decía que no, era que no, y que de nada servía montar un escándalo en público.

—Pero ¿por qué? —se indignó Nicolas, a punto de romper a llorar—. ¿A ti qué más te daba?

—¿Quieres que te diga por qué? —preguntó su padre, con el ceño fruncido—. ¿Quieres que te lo diga? Muy bien, ya eres lo bastante mayor para que te lo expliquen. Sólo que luego no lo comentes, ni con tus compañeros ni con nadie. Esto me lo dijo el director de una clínica; lo saben todos los médicos pero no quieren que sea del dominio público, para no sembrar la alarma. No hace mucho tiempo, en un parque de atracciones como éste, desapareció un niño. Durante unos instantes sus padres no se dieron cuenta, y ya ves. Todo ocurrió muy deprisa: es muy fácil desaparecer, ¿sabes? Lo buscaron durante todo el día y por la noche acabaron encontrándolo, sin conocimiento, detrás de una valla. Lo llevaron al hospital, vieron que le habían colocado una venda muy grande en la espalda, que le salía sangre, y entonces los médicos comprendieron, ya sabían lo que iban a ver en la radiografía: habían operado al niño y le habían extirpado un riñón. Hay gente que hace esas cosas, ¿me entiendes? Gente mala. Se llama tráfico de órganos. Tienen camionetas con todo el material necesario para operar, rondan por los parques de atracciones, o a la salida de las escuelas, y raptan niños.

»El director de la clínica me dijo que preferían no airearlo, pero que cada vez sucede con más frecuencia. Sólo en su clínica, atendieron a un crío al que le habían cortado la mano y a otro al que le habían arrancado los dos ojos. ¿Entiendes ahora por qué no quería dejar a tu hermanito con un desconocido?

A raíz de esa historia que le había contado su padre, Nicolas tuvo en varias ocasiones una pesadilla que ocurría en el parque de atracciones. Por la mañana no llegaba a recordar los detalles, pero adivinaba que aquello lo arrastraba hacia un horror sin nombre del que muy bien podía no despertar. La estructura metálica de la oruga se alzaba por encima de las barracas del parque, y el sueño lo atraía hacia ella. El horror acechaba por allí. Le esperaba para devorarlo. La segunda vez, comprendió que se había acercado a él y que la tercera le sería sin duda fatal. Lo encontrarían muerto en su cama y nadie comprendería lo que le había ocurrido. Así que decidió permanecer despierto. No lo logró del todo, por supuesto. Otras pesadillas visitaron su agitado sueño, tras las cuales temía que se ocultase la del parque y la oruga. Aquella temporada descubrió que le daba miedo dormir.

Con todo, en la familia decían que se parecía a su padre, quien dormía mal, pero mucho, con una suerte de avidez. Cuando se quedaba varios días seguidos en casa, al regreso de un viaje, se pasaba casi todo el tiempo en la cama. Al volver de la escuela, Nicolas hacía los deberes o jugaba con su hermano pequeño procurando no hacer ruido. Andaban de puntillas por el pasillo y su madre se llevaba sin cesar el dedo índice a los labios. Al caer el crepúsculo, su padre salía de la habitación en pijama, sin afeitarse, con expresión huraña y la cara abotargada de sueño, con los bolsillos hinchados de pañuelos hechos una bola y cajas de medicamentos reventadas. Parecía desagradablemente sorprendido de despertarse allí, de andar entre aquellas paredes demasiado próximas y, al empujar la primera puerta con la que se tropezaba, de descubrir una habitación de niño donde dos críos, a cuatro patas en la moqueta, interrumpían la lectura o el juego para mirarle con inquietud. Amagaba una sonrisa y mascullaba retazos de frases alusivas a cansancio, horarios malditos y medicamentos que desaparecían. A veces, se sentaba en la cama de Nicolas y permanecía un rato así, con los ojos perdidos en el vacío, acariciándose la barba áspera, el pelo alborotado que conservaba los pliegues de la almohada. Suspiraba. Hacía preguntas extrañas. Por ejemplo, le preguntaba a Nicolas en qué curso estaba. Nicolas contestaba dócilmente y él meneaba la cabeza, decía que la cosa empezaba a ponerse seria y que tenía que trabajar mucho para no repetir. Parecía haber olvidado que Nicolas había repetido ya una vez, el año en que se mudaron. Un día, le dijo a Nicolas que se acercase y se sentase junto a él en la cama. Le rodeó la nuca con la mano y apretó un poco. Era para mostrarle su afecto, pero dolía, y Nicolas giró suavemente el cuello para desasirse. Su padre, con voz baja y sorda, dijo: «Te quiero, Nicolas», y a Nicolas le impresionó, no porque lo dudase sino porque le parecía una extraña forma de decirlo. Como si fuese la última vez antes de una larga separación, acaso definitiva, como si su padre hubiese querido que lo recordase toda la vida. Sin embargo, a los pocos instantes, parecía haberlo olvidado. Tenía la mirada turbia, le temblaban las manos. Se había levantado jadeando, su pijama violáceo se abría, todo arrugado, y salió a tientas, con cara de no saber qué puerta abrir para llegar al pasillo, regresar a su habitación y volver a la cama.

Ahora, y eso tenía al menos la ventaja de no dejarle dormir, Nicolas pensaba en el proyecto anunciado por Hodkann de ver con sus propios ojos las muestras que estaban en el maletero. ¿Cómo lo haría? Quizá se las ingeniara para quedarse en el albergue mientras los demás bajaban al curso de esquí. Espiaría la llegada del coche oculto tras un árbol. El padre de Nicolas se apearía, abriría el maletero para coger la bolsa y llevarla al albergue. No bien se diera media vuelta, Hodkann se abalanzaría, abriría el maletero a su vez, y a continuación los maletines de plástico negro que contenían las prótesis y los instrumentos quirúrgicos. Sí, eso haría probablemente, pero ignoraba que el padre de Nicolas cerraba siempre el maletero con llave cada vez que cogía algo, aunque tuviera que abrirlo a los pocos instantes. Así y todo, era tal la audacia de Hodkann que cabía imaginarlo siguiendo al padre de Nicolas hasta el albergue y hurgándole en los bolsillos mientras hablaba con la maestra. A Nicolas le parecía estar viendo a Hodkann inclinado sobre el maletero abierto, forzando los maletines, palpando con el dedo pulgar el filo de un bisturí, doblando las articulaciones de una pierna de plástico, tan fascinado que olvidaba el peligro. El padre de Nicolas salía ya del albergue y se encaminaba hacia el coche. Al cabo de un instante lo sorprendería. Su mano se abatiría sobre el hombro de Hodkann, y ¿qué pasaría luego? Nicolas no lo sabía. Su padre, a decir verdad, nunca había amenazado con terribles castigos a quien tocara sus muestras. Sin embargo, estaba seguro de que incluso para Hodkann eso era una situación harto delicada. La expresión «pasar un mal rato» le rondaba por la cabeza. Sí, si el padre de Nicolas lo pescaba hurgando en el maletero, Hodkann pasaría un mal rato.

El interés de Hodkann por su padre inquietaba a Nicolas. Incluso se preguntaba si no lo había tomado bajo su protección para acercarse a su padre y ganarse su confianza. Recordó que Hodkann no tenía padre. ¿Y a qué se dedicaba aquel padre cuando vivía? No se le había ocurrido preguntárselo esa noche, aunque tampoco se habría atrevido. No podía evitar pensar que el padre de Hodkann había muerto de muerte violenta, en circunstancias extrañas, trágicas, y que su vida le había conducido lógicamente a tal muerte. Lo imaginaba fuera de la ley, peligroso como su hijo, y puede que Hodkann se hubiese vuelto tan peligroso para enfrentarse a los riesgos que corría siendo el hijo de semejante padre. Le hubiese gustado preguntárselo ahora a Hodkann. Por la noche y a solas los dos, eso resultaba posible.

Era un pensamiento excitante esa conversación nocturna con Hodkann, y Nicolas pasó un largo rato representándose cómo podían desarrollarse las cosas. Saldrían los dos del dormitorio, sin despertar a nadie. Irían al pasillo o a los lavabos a hablar en voz baja. Imaginaba sus susurros, la proximidad del corpachón cálido de Hodkann, y se complacía en pensar que tras aquel poder tiránico que desplegaba su compañero anidaba también dolor, una fragilidad que Hodkann le confesaría. Le oía decirle como a su único amigo, la única persona en quien podía confiar, que era desdichado, que su

padre había muerto en circunstancias terribles, descuartizado o arrojado a un pozo, que su madre vivía con el temor de ver reaparecer el día menos pensado a sus cómplices, ávidos de vengarse en ella o en su hijo. Hodkann, tan imperioso, tan burlón, confesaba a Nicolas que tenía miedo, que también él era un niño solitario. Le corrían lágrimas por las mejillas, apoyaba su cabeza, tan altiva de costumbre, en las rodillas de Nicolas y Nicolas le acariciaba el pelo, le decía cosas dulces para consolarlo, consolar aquella pena inmensa y siempre contenida que estallaba de repente ante él, sólo para él, porque sólo él, Nicolas, era digno de ella. Hodkann contaba, entre dos sollozos, que los enemigos que habían matado a su padre y a los que tanto temía su madre podían aparecer en cualquier momento para llevárselo a él. Tomarlo de rehén o sencillamente asesinarlo, abandonar su cadáver en un sotobosque cubierto de nieve. Y Nicolas comprendía que le correspondía a él proteger a Hodkann, encontrar un escondite donde estuviera seguro cuando esos malvados, que vestían abrigos oscuros y relucientes, rodearan el albergue, entraran en silencio, cada uno por una puerta para que no pudiese escapar nadie. Sacarían las navajas y matarían a sangre fría, metódicamente, resueltos a que no quedase ningún testigo. Los cuerpos semidesnudos de los niños sorprendidos en su sueño se amontonarían al pie de las literas. Pero Nicolas y Hodkann estarían escondidos en un hueco, tras una cama. Sería un espacio estrecho, oscuro, un auténtico agujero de ratas. Se apretarían el uno contra el otro, con los ojos brillantes en la penumbra, desorbitados de espanto. Oirían juntos, a la par que sus propias respiraciones, los ruidos espantosos de la carnicería, gritos de terror, estertores de agonía, choques sordos de cuerpos que se desploman, cristales rotos cuyos fragmentos cercenan todavía más las carnes mutiladas, risitas breves y secas de los verdugos. La cabeza cortada de Lucas, el pelirrojo de gafas, rodaría bajo la cama hasta su escondite y se detendría a sus pies, mirándolos con sus ojos incrédulos. Más tarde cesarían los ruidos. Pasarían horas. Los asesinos se irían chasqueados, fluctuando entre el placer de la matanza y el despecho de no haber alcanzado su presa. No quedarían más que muertos en el albergue, montones de niños muertos. Pero ellos no saldrían. Permanecerían toda la noche acurrucados en su reducto, en medio del montón de cadáveres, sintiendo correr por sus mejillas un líquido caliente que lo mismo podía ser la sangre de una herida que las lágrimas del otro. Permanecerían allí, temblorosos. La noche no tendría fin. Quizá no saldrían jamás.

Al día siguiente, después de desayunar, el padre de Nicolas seguía sin aparecer. La maestra consultaba el reloj: no podían retrasarse ni perderse el curso de esquí por esperarle. Advirtiéndolo su mirada, por una vez poco amable, Nicolas dijo con una vocecilla que lo mejor sería que se quedase él en el albergue. Esperaba que Hodkann se brindase a quedarse con él. «No vamos a dejarte solo», objetó la maestra. Patrick comentó que no corría ningún peligro, pero la maestra se negó, dijo que era una cuestión de principios. Entretanto pidió a Nicolas que la acompañase arriba: quería telefonar a su madre, para ponerla al corriente de la situación y preguntarle si tenía noticias de su marido. Subieron al piso de arriba y se metieron en el despachito forrado de madera donde estaba el teléfono. Se divisaba una bonita panorámica del valle desde la ventana. Tras marcar el número, la maestra tuvo que aguardar un rato y preguntó con aire disgustado a Nicolas si su madre se marchaba temprano de casa, por las mañanas. Nicolas contestó con cara de excusarse que no especialmente. En realidad, se alegraba de que su madre no contestase. Aquella llamada le causaba desasosiego. Recibían muy pocas en casa, y las raras veces que sonaba el teléfono, sobre todo en ausencia de su padre, su madre se acercaba a cogerlo con visible angustia. Si estaba Nicolas, cerraba la puerta para que no oyera, como si temiese y quisiese ocultarle durante el mayor tiempo posible una mala noticia. La maestra suspiró y volvió a marcar, por si se había equivocado. Contestaron de inmediato, y Nicolas se preguntó qué había pasado con la primera llamada. Imaginaba a su madre tal como la había sorprendido varias veces: de pie ante el aparato que sonaba, con la cara crispada, sin atreverse a contestar. Cuando dejaba de sonar el timbre, parecía aliviada por un instante, pero contestaba al punto cuando volvía a sonar, asiendo el auricular como quien se arroja al agua para huir del fuego. Nicolas escrutaba con inquieta curiosidad el rostro de la maestra mientras ésta se presentaba y explicaba el motivo de su llamada. Al tiempo que hablaba, se cruzó con su mirada y le indicó que cogiera el auricular. Nicolas obedeció.

—No, señora —explicaba la maestra con paciencia—, no ocurre nada grave. Pero tenemos un problema. Es que, verá usted, no ha traído bolsa, ni ropa de muda, ni las cosas de esquiar, solamente lo que lleva puesto, así que no sabemos muy bien qué hacer con él.

Sonrió a Nicolas para mitigar la dureza de tal afirmación, intentando sobre todo hacer reaccionar a su madre.

—Estoy segura —dijo ésta— de que mi marido le llevará la bolsa.

—Eso espero, señora; pero como no aparece, quería saber dónde podríamos contactar con él.

—Cuando sale de viaje, es imposible contactar con él.

—Entonces, ¿no tiene previsto en qué hoteles va a alojarse? ¿Y si necesita usted comunicarle algo urgente?

—Lo siento, no se puede hacer nada —dijo secamente la madre de Nicolas.

—Pero ¿le llama alguna vez?

—Sí, alguna vez.

—Pues si le llama, ¿querrá usted avisarle?... El problema, si no viene hoy, es que puede que se aleje de aquí... ¿No sabe usted qué recorrido va a seguir?

—No. Lo siento.

—Bien —dijo la maestra—, bien... ¿Quiere usted hablar con Nicolas?

—Muchas gracias, sí.

La maestra alargó el teléfono a Nicolas y salió al pasillo para que hablara a sus anchas. Nicolas y su madre no sabían qué decirse. Sobre el asunto de la bolsa, nada había que añadir a la conversación con la maestra: sólo cabía esperar que su padre la trajera al albergue. Nicolas no quería quejarse ni inquietar más a su madre, y ella no quería hacerle preguntas que habrían acrecentado una inquietud a la que no podía poner remedio. Así que se limitó a darle los consejos de buen comportamiento y obediencia que le habría dado en circunstancias normales. Nicolas tuvo la amarga impresión de que, si lo hubiera visto medio englutido en las mandíbulas de un cocodrilo, habría seguido repitiendo pásalo bien, sé bueno, sobre todo tápate bien... Lo de que se tapase bien no podía decirlo y sin duda se controlaba para no insistirle en que se pusiese el grueso jersey con renos bordados que le había hecho ella... Al bajar con la maestra a la gran sala donde estaban retirando los cubiertos del desayuno, Nicolas cavilaba sobre este misterio: sabía que su bolsa estaba en el maletero del coche, la había encajado entre las cadenas y los maletines de muestras; su padre, al abrir el maletero, no había podido no verla, y bien había tenido que abrirlo la víspera por la noche, a lo más tardar esa mañana al visitar a sus clientes. Entonces, ¿por qué no había llamado? ¿Por qué no aparecía? Por fuerza tenía que darse cuenta del aprieto en que estaba poniendo a Nicolas. ¿Había perdido el teléfono del albergue? ¿O las llaves del maletero? ¿Se las habían robado? ¿Le habían robado el coche? ¿O había tenido un accidente? De pronto, esa hipótesis, que hasta entonces no se había planteado, se le apareció como la más plausible. Si su padre le fallaba, tenía que ser porque le era imposible acudir ni llamar. Puede que el coche hubiera patinado en una placa de hielo y embestido un árbol, y que su padre estuviese agonizando, con el pecho destrozado por el volante. Su último pensamiento consciente, las palabras que había balbuceado antes de morir, y que sus salvadores no habrían comprendido, habrían sido: «¡La bolsa de Nicolas! ¡Que le lleven la bolsa a Nicolas!»

Al imaginar eso, Nicolas notó que estaban a punto de saltársele las lágrimas, y al mismo tiempo le invadió una grata sensación.

No deseaba que eso se hiciera realidad, por supuesto, pero al mismo tiempo le hubiera gustado representar de cara a los demás ese papel de huérfano, de héroe de una tragedia. Querrían consolarle, Hodkann querría consolarle, y él se mostraría inconsolable. Se preguntó si no habría hecho la maestra el mismo razonamiento que él e intentaba, mientras quedase una esperanza, ocultarle su angustia. Probablemente

no. Todavía no. Nicolas se anticipaba ya al momento en que sonase de nuevo el teléfono. La maestra subiría a cogerlo, sin inquietarse, mientras los niños jugaban ruidosamente en la sala, alborotando. Sólo él estaría atento, aguardando a que ella volviese. Y de pronto, la maestra volvía, con la cara pálida y crispada. El barullo seguía pero ella no ordenaba que callasen. Parecía no oír nada, no reparar en nada, no ver más que a Nicolas, hacia el que se dirigía, a quien tomaba de la mano, se llevaba al despacho. Cerraba la puerta, dejaban de oírse los ruidos de abajo. Le cogía la cara entre las manos, suavemente, apretándole las mejillas; se veía que le temblaban los labios y balbucía: «Nicolas... Escucha, Nicolas, ahora tienes que ser muy valiente...» Entonces se echaban a llorar los dos, él en sus brazos, y era una sensación grata, increíblemente grata, le hubiera gustado que ese instante durase toda la vida, que sólo existiese eso en su vida, ninguna otra cosa, ni rostro, ni perfume, ninguna palabra más, sólo su nombre repetido dulcemente, Nicolas, Nicolas, sólo eso.

La maestra y los monitores hicieron más café, antes de marchar, para discutir las medidas que se tomaban con respecto a Nicolas. Éste se había quedado con ellos, separado de los demás niños, definitivamente instalado, a lo que parecía, en el papel de problema por resolver.

—Escuchad —dijo Patrick—, no vamos a pasarnos toda la semana dándole vueltas a esta historia. Está claro que su padre se ha olvidado totalmente de la bolsa y que estará a doscientos kilómetros de aquí, así que si esperamos a que vuelva le vamos a fastidiar la estancia al crío y, de rebote, a todo el mundo. Propongo que cojamos de la caja común lo necesario para comprarle un equipo mínimo para que pueda hacer lo que los demás. ¿Te parece bien, mozalbete? —agregó volviéndose hacia Nicolas.

A Nicolas le parecía bien, y la maestra también lo aprobó.

Después de comer, a la hora en que se suponía que todo el mundo estaría leyendo o descansando, Patrick salió con Nicolas. Hacía buen tiempo y el sol brillaba entre los árboles desnudos. Como no había visto ningún coche en la explanada enlodada que había delante del refugio, Nicolas pensó que irían al pueblo en autocar y que al conductor se le haría extraño llevar tan sólo a dos ocupantes. Pero Patrick pasó delante del autocar, que detenido parecía un dragón inerte, y bajó unos cien metros por el camino que llevaba al refugio. A un lado estaba aparcado un 4L amarillo en el que Nicolas no había reparado al llegar. Patrick abrió la portezuela del lado del conductor y dijo: «¡Aquí tenemos la carroza!» Se sentó y se quitó del cuello un largo cordón de cuero del que pendía la llave de contacto. Nicolas quiso subir detrás, pero Patrick se inclinó para abrir la otra puerta delantera.

—¡Alto ahí! —exclamó riendo—, ¡que no soy tu chófer!

Nicolas dudó: tenía rotundamente prohibido subir en la parte delantera de un coche.

—¿Te espabilas o qué?

Nicolas obedeció.

—Además —agregó Patrick—, detrás hay un follón que no veas.

Nicolas miró por encima del asiento, tímidamente, como si temiera que de debajo de la manta escocesa hecha jirones le saltara un perrazo a la garganta. Había una mochila, unas cajas de cartón viejas, un maletín con casetes, un rollo de cuerda y unos objetos metálicos que debían de ser material de escalada.

—Pero, eso sí, ponte el cinturón —dijo Patrick girando la llave de contacto.

El motor emitió un jadeo. Patrick volvió a intentarlo, insistió: nada. Nicolas temió que se enfadara, pero el monitor se limitó a hacer una mueca más bien cómica y, volviéndose hacia Nicolas, explicó:

—Paciencia. Es así. Hay que pedirle las cosas con amabilidad. —Volvió a poner el contacto, apretó muy suavemente el acelerador y, alzando el otro pie, murmuró—:

Eso es..., eso es... ¡Animalito bonito!

Nicolas no pudo contener un grito de excitación cuando el coche arrancó y empezó a bajar por el camino lleno de curvas.

—¿Te gusta la música? —preguntó Patrick.

Nicolas no supo qué contestar. Jamás se lo había planteado. En su casa nunca se escuchaba música, no había ni tocadiscos, y todos en el colegio consideraban un latazo la clase de música. El señor Ribotton, que era el profesor, les hacía dictados musicales, o sea, tocaba al piano notas que había que escribir en los pentagramas de un cuaderno especial. Nicolas no acertaba nunca. Prefería los resúmenes que dictaba el señor Ribotton sobre la vida de los grandes músicos: por lo menos eran palabras, letras que él sabía escribir. El señor Ribotton era muy bajito y cabezón, y aunque todos temían sus violentos ataques de ira que, según las crónicas del colegio, lo habían movido a tirarle un taburete en la cara a un alumno, se les antojaba un poco ridículo. Era notorio que los demás profesores no le tenían gran consideración, que nadie se la tenía. Su hijo, Maxime Ribotton, pequeño y mal proporcionado como él, estaba en la misma clase que Nicolas. Éste no sentía simpatía por Maxime, un mal alumno, hipócrita, sudoroso, que soñaba con ser de mayor inspector de policía, pero no podía pensar en él sin sentir una compasión casi dolorosa. Un día, un chico sentado en primera fila estiró las piernas en la tarima y, sin darse cuenta, ensució con las suelas de los zapatos los bajos del pantalón del señor Ribotton, que reaccionó con un furibundo ataque de ira. Aquella ira no inspiraba ni miedo ni respeto, más bien una compasión desdeñosa. Con rabia amarga, quejumbrosa, el señor Ribotton dijo que estaba harto de ir al colegio para que le pringaran los pantalones —unos pantalones que se había comprado con muchos apuros—, que todo estaba caro y que ganaba un sueldo de miseria, que si los padres del alumno que acababa de mancharle los pantalones tenían medios para pagar la tintorería, mejor para ellos, pero que él no los tenía. Le vibraba la voz al decir eso, parecía a punto de echarse a llorar, y a Nicolas le entraron ganas de llorar también, por Maxime Ribotton, hacia quien no se atrevía a mirar y que tenía que soportar el espectáculo de su padre humillándose ante sus compañeros, ese padre que exhalaba con tan espantoso impudor su rencor por haber sido hasta ese punto escarnecido por la vida. Luego, en el patio, se había quedado atónito oyendo a Maxime Ribotton evocar el incidente con tono displicentemente irónico, asegurando que no había que preocuparse cuando su padre montaba en cólera, pues se calmaba rápido. Nicolas imaginó entonces que, tras aquella escena, Maxime Ribotton abandonaría la clase sin decir palabra y no volvería por la escuela. Más adelante, se enterarían de que había caído enfermo. Algunos niños de buen corazón irían a visitarle. Nicolas se veía formando parte de ese grupo, eligiendo entre sus propios juguetes un regalo que pudiera hacerle a Maxime sin lastimar sus sentimientos. Imaginaba su mirada agradecida, su rostro y su cuerpo enflaquecidos, devorados por la fiebre; pero los regalos y las palabras amistosas de nada servirían, un día se enterarían de la muerte de Maxime Ribotton, el grupo de niños de buen

corazón acudiría al entierro, y en lo sucesivo se prometerían ser amables y mostrarse compasivos con el profesor Ribotton, transido de dolor. No armarían barullo en sus clases, no saludarían con necias rimas los nombres de los grandes músicos que él pronunciaba con respeto, por ejemplo Chopin-calcetín, o Mendelssohn-cabezón.

Exceptuando estos nombres, Nicolas lo ignoraba todo acerca de la música, pero antes que confesarlo prefería contestar evasivamente que sí, que le gustaba. Inmediatamente vino la pregunta que temía:

—¿Y qué clase de música te gusta?

—Pues Chopin... —dijo al tuntún.

Patrick hizo una mueca que expresaba a un tiempo respeto e ironía, y dijo que no tenía ese tipo de música, sino más bien canciones. Pidió a Nicolas que eligiera una casete: sólo tenía que coger el maletín que estaba en el asiento trasero y leerle los títulos de las carátulas. Nicolas obedeció. Leía con esfuerzo las palabras en inglés, pero Patrick completaba las primeras sílabas que Nicolas balbuceaba y, a la tercera casete, dijo que ésa estaba bien. Introdujo la cinta y estalló la música, a mitad de una canción. La voz era ronca, burlona, las guitarras percutían como latigazos. Producía una impresión de brutalidad, pero también de agilidad, como los saltos de una fiera. Sus padres, en cuanto oían ese tipo de música en la televisión, bajaban el volumen disgustados. De haberle preguntado alguien su opinión, Nicolas, en circunstancias normales, habría dicho que no le gustaba, pero aquel día se sintió transportado. Patrick, a su lado, tamborileaba sobre el volante para marcar el ritmo, se movía siguiendo el compás, de vez en cuando tarareaba una frase con el cantante. Lanzó al mismo tiempo que éste un pequeño gemido estridente. El coche circulaba en perfecta sincronía con la música, aceleraba cuando ésta aceleraba, cuando aminoraba tomaba amplias curvas, todo vibraba al unísono: los neumáticos que mordían la calzada, las curvas de la carretera, los cambios de marcha y sobre todo el cuerpo de Patrick que, a la par que conducía, ondulaba ágilmente, dibujando una sonrisa, con los ojos entornados por los rayos de sol que iluminaban el parabrisas. Nunca había oído Nicolas nada tan bonito como esa canción, todo su cuerpo participaba en ella; le hubiera gustado que su vida entera fuese así, viajar siempre en el asiento delantero de los coches escuchando ese tipo de música, y más adelante parecerse a Patrick: ser tan buen conductor como él, tan desenvuelto, tan soberanamente libre en sus movimientos.

—Bueno —dijo Patrick, abriendo la puerta del supermercado—, ahora ya seriedad. ¿Qué necesitas?

Sólo entonces, tras la embriaguez del trayecto en coche, Nicolas recordó lo que iban a hacer allí, que su bolsa se había quedado en el maletero de su padre y que probablemente su padre había muerto.

—¿Recuerdas qué había en la bolsa? —preguntó Patrick.

—Pues... ropa de recambio —dijo Nicolas, a quien la pregunta desconcertó: Patrick tenía que saber por fuerza lo que había en la bolsa, puesto que les habían pedido a todos que llevaran las mismas cosas, cuya lista habían mandado a sus padres. Cada uno, eso sí, podía llevar además uno o dos objetos de su elección, un libro o un juego, y Nicolas llevaba por añadidura el hule que había recomendado la maestra en caso de que se hiciera pis en la cama. No se atrevió a mencionárselo a Patrick—. Además —dijo tras meditar un poco—, llevaba mi caja fuerte.

—¿Tu caja fuerte? —preguntó Patrick, sorprendido.

—Sí, una pequeña que me regalaron para que guardara mis secretos. Tiene una combinación para abrirla y sólo la conozco yo.

—Y si se te olvida, ¿qué?

—Ya no podré abrirla. Ni yo ni nadie. Pero me la sé de memoria.

—Ya, ¿y si te das un golpe en la cabeza y pierdes la memoria? ¿La tienes escrita en algún sitio, al menos?

—No. Eso no se debe hacer. De todas formas, si pierdo la memoria, tampoco sabré dónde la he escrito.

—Tienes razón —reconoció Patrick—. No eres nada tonto, no.

Nicolas vaciló, sin atreverse a decirle a Patrick que, en realidad, había un problema con la caja fuerte. Su padre se la había regalado acompañada de un sobre cerrado que contenía la hoja con la combinación. Le había aconsejado que la destruyera una vez se la hubiera aprendido, y Nicolas había obedecido. Pero enseguida pensó que, antes de darle el sobre, su padre lo había abierto, lo había vuelto a sellar hábilmente, y por lo tanto tenía acceso a la caja. Tal vez su padre le echaba una ojeada de cuando en cuando para saber qué le ocultaba Nicolas. Quizá se la había regalado con esa finalidad. Sin estar seguro, Nicolas recelaba y no guardaba más secretos en la caja que los cupones de las gasolineras. Si su padre la había abierto, se habría llevado un chasco. Pero lo más probable era que estuviese muerto. Como no estaba seguro, Nicolas resistió la tentación de decírselo a Patrick y, esforzándose en adoptar un tono de despego, propuso para ganar tiempo:

—Si quieres, te puedo decir la combinación.

Patrick meneó la cabeza:

—No, que no me conoces. Puede que en cuanto la supiera, te pegara un porrazo en la cabeza y fuese a robarte tus secretos.

—De todas formas, están en el coche de mi padre.

—No quiero saberlo. No es asunto mío. Ni la combinación ni lo que hay en tu caja fuerte. —Sonrió y dijo, fingiendo apuntar con una pistola a Nicolas—: ¿Qué hay en tu caja fuerte?

—Nada interesante —contestó Nicolas con tono malhumorado.

En la sección de ropa para niños, Patrick eligió una camisa de lana tupida y un pantalón de esquí impermeable que Nicolas se probó en un vestidor mientras el monitor completaba su equipo: dos calzoncillos, dos camisetas, dos pares de calcetines gruesos, un pasamontañas y un cepillo de dientes. El pantalón era de su talla, pero le quedaba un poco largo. Patrick lo dobló rápidamente a la altura de los tobillos, diciendo que le iría bien y que ya le haría su madre el dobladillo más adelante si quería. A Nicolas le encantó esa manera de comprar sin pasarse horas dudando entre dos modelos, dos colores, dos tallas, con el ceño fruncido por la preocupación que para sus padres implicaba toda decisión. Le hubiera gustado que le compraran también un chándal verde y malva como el de Patrick, pero por supuesto no se atrevió a pedirlo.

Mientras pagaba, Patrick intercambió unas frases con la cajera. Era una muchacha risueña y se advertía enseguida que le parecía que le gustaba su coleta, su cara alargada de ojos muy azules, su modo relajado de moverse y de bromear. «¿Es hijo tuyo?», le preguntó señalando a Nicolas. Patrick contestó que no, pero que si no lo reclamaba nadie en un año, tal vez se decidiera a adoptarlo. «No nos llevamos nada mal los dos», agregó, y Nicolas se repitió la frase orgulloso. Tenía ganas de decirles a los demás, con aire displicente, que no se llevaba nada mal con Patrick. Se miró en la muñeca la pulsera brasileña que éste le había regalado y se prometió, más adelante, cuando no pesara ya sobre él la autoridad de sus padres, dejarse crecer una coleta.

En el coche, Patrick volvió a poner la música y, al tiempo que conducía oscilando a su ritmo, pronunció otra frase memorable: «Bueno, qué, ¿a que somos los reyes del mambo?» Nicolas tardó unos instantes en comprender qué quería decir con eso: que todo iba de perlas entre los dos, que no se aburrían, que realmente no había motivo de preocupación, y cuando lo entendió le invadió una gozosa exaltación, como si la frase fuese para ellos una especie de contraseña de uso estrictamente personal. Temía que, al hablar, su voz de pito se quebrase y traicionase su pequeñez, pero superó ese miedo y acertó a contestar, como si no le concediera excesiva importancia: «Es verdad. Es verdad que somos los reyes del mambo.»

Después de merendar, solían jugar a imitar oficios, al zurriago escondido o a representaciones teatrales. Pero ese día Patrick anunció que iban a hacer otra cosa.

—¿El qué? —preguntaron todos.

—Ahora veréis.

Siguiendo sus órdenes, un equipo arrimó a las paredes mesas, bancos y cuanto estorbara en la sala. Patrick apagó las luces, pero dejó encendidas las del vestíbulo. Los niños estaban excitados con tan misteriosos preparativos, y, mientras movían los muebles, lanzaban risitas ahogadas, haciendo cábalas: iban a jugar a fantasmas, o a hacer girar las mesas. Patrick dio una palmada y pidió calma.

—Ahora —dijo—, vais a tumbaros en el suelo. Boca arriba.

Mientras lo hacían, todavía hubo un poco de desorden y risas. Patrick, que era el único que estaba de pie, aguardó pacientemente a que cada cual se colocase. Con voz tranquila, sin prisas, dio algunas indicaciones para que se pusieran lo más cómodos posible: primero estirarse, procurar no doblar el cuerpo, conservar toda la espalda en contacto con el suelo; orientar las palmas de las manos hacia el techo; cerrar los ojos. «Cerrad los ojos...», repitió con tono casi abstraído, como si él mismo los cerrara y se dispusiese a dormir. Luego se calló. Siguió un momento de silencio, que rompió una voz impaciente:

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿No lo entiendes? —contestó otro—. Nos está hipnotizando.

La ocurrencia fue saludada con risas, pero Patrick la pasó por alto. Al poco, siguió hablando, como si sólo hubiese oído la primera pregunta:

—Ahora no hacemos nada... Siempre estamos haciendo algo, pensando en algo. Ahora estamos aquí, sin más. Nos relajamos. Ahora estamos con nosotros mismos...

Su voz era cada vez más tranquila y cavilosa. Caminaba lentamente por la sala, entre los cuerpos tumbados de los niños. Nicolas notó, más que oyó, que pasaba a su lado. Entreabrió los ojos y volvió a cerrarlos de inmediato, temiendo que le pillara.

—Respirad lentamente —dijo Patrick—. Con la barriga. Hinchad y deshinchad la barriga como si fuera un globo, pero despacio, profundamente... —Varias veces seguidas repitió—: inspirad, espirad...

Y Nicolas notó que los que estaban a su alrededor le seguían, entraban en su ritmo. Durante la revisión médica, cuando soplaban en el globo, siempre era él el que tenía la capacidad torácica más débil, y notaba en el pecho como una tenaza que no dejaba circular el aire. Inspiraba y espiraba más aprisa que los demás, de manera entrecortada, succionando el aire, como quien se ahoga. Pero Patrick seguía hablando, con voz que curiosamente sonaba a un tiempo más lejana y más presente. «Inspira, espira...», decía ahora y, sin saber cómo, Nicolas se sintió de repente inmerso en la respiración común, formando parte de esa ola que se hinchaba y refluía a su alrededor, envolviéndole. Oía el aliento de los demás, y el suyo fundiéndose con

ellos. Su barriga subía y bajaba lentamente, obedeciendo las órdenes de Patrick. Se creaban en ella cavidades que sus inspiraciones llenaban como llena la marea los huecos de una roca.

—Bien —dijo Patrick al cabo de un rato—. Ahora vais a concentraros en vuestra lengua.

En algún punto de la sala se oyó una risa que no obtuvo eco. Nicolas pensó fugazmente que si se hubiera reído todo el mundo, él también lo habría hecho, y le habría parecido ridículo pensar en su lengua; pero obedeció, pensó en su lengua, en contacto con el paladar, como decía Patrick que tenía que estar, notaba su peso, su consistencia, su textura: lisa y húmeda en algunas zonas, rasposa en otras. Era una sensación cada vez más extraña. La lengua se hacía enorme en su boca, una enorme esponja que temió que le ahogara, pero en el momento exacto en que le invadía esa sensación, Patrick la disipó diciendo: «Si se os pone muy gorda la lengua y os molesta, tragáis saliva.» Nicolas deglutió y su lengua recobró las proporciones normales. Aun así, seguía notándola, extrañamente presente, como si acabara de descubrir su existencia. Patrick les dijo entonces que se concentraran en su nariz, que siguieran el trayecto del aire por su interior. Después, que concentraran su atención tras los párpados, entre las cejas, en la nuca. De allí pasó a los brazos, empezando por los dedos, que les hizo distender uno a uno, ascendiendo hacia el codo y el hombro. «Os pesan los brazos —decía—, os pesan mucho. Tanto, que se hunden en el suelo. Aunque quisierais, no podríais levantarlos...», y Nicolas notó que, en efecto, no podría. Estaba desparramado en el suelo, como un charco, ausente de su cuerpo inerte y sin embargo habitándolo como una casa de hondos cimientos, explorando los pasillos que recorrían sus miembros, abriendo las puertas de estancias oscuras y cálidas, sobre todo cálidas. Dominaba ahora la sensación de calor, y no le sorprendió oír a Patrick describirla, aconsejar que la recibieran, la saborearan, se dejaran invadir por ese calor intenso pero suave que corría por las venas y acariciaba la superficie de la piel, provocando ligeros picores, ganas de rascarse a las que era preferible no ceder: «Pero si tenéis muchas ganas —agregó Patrick— tampoco es grave, no os privéis.» ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía describir las sensaciones que experimentaba Nicolas en el instante exacto en que las sentía? ¿Les pasaba lo mismo a los demás? Ya no se oían risas, sólo las respiraciones tranquilas, obedeciendo a la voz de Patrick. Todos visitaban, como Nicolas, ese misterioso territorio que se extendía en el interior de sí mismos, todos escuchaban al guía con la misma confianza. Mientras Patrick hablaba, diciéndoles adónde tenían que dirigirse —ahora, eran las piernas, los dedos de los pies uno tras otro, las pantorrillas, las rodillas, los muslos—, nada podía ocurrirles. Se sentían seguros en el fondo de sus cuerpos. Y la sensación duraba. ¿Cuánto tiempo hacía que duraba?

De pronto, Nicolas notó que Patrick se inclinaba sobre él. Una rodilla crujió levemente. Patrick estaba en cuclillas, y sus manos se posaron en lo alto de su pecho, encima mismo de los hombros, muy abiertas. Permanecieron inmóviles. El corazón

de Nicolas empezó a latir a todo meter; su respiración, que se había sosegado, se desbocó. No se atrevía a abrir los ojos, a cruzar su mirada con la de Patrick, que estaba encima de él. Muy suavemente, Patrick musitó «chsss...», como se tranquiliza a un animal inquieto, y presionó un poco más las manos en el pecho de Nicolas, con la punta de los dedos estirada hacia los hombros, para pegarlos al suelo y hundirle todavía más en él. Nicolas tenía la sensación de jadear, de correr en todas direcciones por su propio interior, golpeándose contra las paredes, y al mismo tiempo sabía que nada de todo eso se veía desde fuera. Su cuerpo permanecía inmóvil, crispado pese a los esfuerzos de Patrick, aunque adivinó que con ello intentaba relajarse más. Lo oía respirar encima de él, muy suavemente. Pensó en el muñeco que regalaban las gasolineras Shell, en su tórax-tapadera, que se podía quitar para examinar el interior. Patrick apoyaba las manos en esa tapadera, quería localizar, acaso amansar lo que había debajo, pero provocaba un desbarajuste mayúsculo, parecía como si todos los órganos de Nicolas, enloquecidos, corrieran a refugiarse lo más lejos posible de la pared que palpaban esas manos firmes y cálidas, y eso que a Nicolas le hubiese gustado que permanecieran allí. Apenas pudo contener un gemido cuando aflojaron la presión y lentamente se rompió todo el contacto entre los dos. La respiración de Patrick se alejó, y su rodilla volvió a crujir cuando se incorporó. Nicolas entreabrió los ojos, volvió un poco la cabeza para verlo inclinarse sobre otro niño. Cerró los ojos y de repente un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. ¿Había sacado su padre los cupones del maletero? ¿Tenía ya el muñeco en el momento del accidente? Para intentar calmarse, imaginó de nuevo cómo se desarrollaría todo, el teléfono que quizá sonaría ahora, en el instante en que Patrick apoyaba en silencio las manos en el pecho de otro, el transcurso de la velada truncada por la terrible noticia, luego la noche, el día siguiente, y su vida de huérfano. Al mismo tiempo, pensaba que estaba mal entregarse a tales pensamientos, que eso podía traer mala suerte. ¿Qué diría si sonaba el teléfono de veras, si lo que había imaginado para ponerse triste y consolarse sucedía? Sería espantoso. No sólo se quedaría huérfano, sino que se sentiría culpable, tremendamente culpable. Sería como haber matado a su padre. Un día, para ilustrar sus habituales consejos de prudencia, éste le había contado la historia de un antiguo compañero de clase que había amenazado a su hermano pequeño con una escopeta, en plan de broma, por supuesto, sin advertir que la escopeta estaba cargada. Había apretado el gatillo y la bala había traspasado el corazón de su hermano. ¿Qué ocurrió después?, se preguntaba Nicolas. ¿Qué le hicieron al niño asesino? No podían castigarlo, no era culpa suya, bastante castigo tenía ya. ¿Consolarlo entonces? Pero ¿cómo consolar a un niño que ha hecho algo semejante? ¿Qué decirle? ¿Acaso se puede, acaso pueden sus padres abrazarle diciéndole con dulzura que ya está, que hay que olvidarse, que ahora todo irá bien? No. ¿Pues qué? ¿Intentar mentirle para no arruinar su vida, inventar una versión menos atroz del accidente y poco a poco convencerle de que ha ocurrido así? La escopeta se ha disparado sola, no la tenía él, no es culpable de nada... «Muy lentamente —dijo Patrick—, vais a empezar a

moveros... Primero los pies. Moved los tobillos trazando pequeños círculos... Así... Sin prisa. Ahora, podéis abrir los ojos.»

El adulto que le acompañaba no era su padre, sino Patrick. Habían dejado a su hermanito con el padre del chico que conocieron en el parque de atracciones. Su hermano les decía adiós con la mano. Llevaba el anorak verde, con la capucha puesta, aunque no le gustaba, y las botitas rojas de goma. El padre del chico lo tenía cogido de la mano, sin dejar de sonreír. No se le veía bien la cara. Patrick ya se había acomodado en el fondo de la cabina, y Nicolas se sentó encogido entre sus largas piernas, cuyas rodillas tocaban las paredes metálicas. El empleado que manejaba la atracción bajó sobre ellos la barra metálica de bloqueo y la cerró. La oruga se puso en movimiento. Lentamente, pasó delante del hermanito, que seguía agitando la mano, despegó del suelo y los elevó por los aires. La oruga se inmovilizó y, bruscamente, se precipitó hacia abajo. Nicolas se sintió succionado dentro de un precipicio, y ese precipicio estaba también en su propio interior. El estómago se le descolgó, tuvo miedo, quiso reírse. Aquello iba ahora muy rápido. La oruga volvió a pasar a ras de suelo, con un chirrido de tren lanzado a toda velocidad, y tornó a ascender. Esta vez apenas tuvo tiempo de ver la caseta, a su hermano y a la gente que estaba abajo. Salieron de nuevo catapultados hacia el cielo —pero más aprisa y con más fuerza— y de nuevo se detuvieron en ese instante y ese lugar terribles en que de pronto salían proyectados hacia el otro lado. Nicolas rechazaba con los pies el suelo, que se precipitaba a su encuentro, crispaba los dedos en la barra de bloqueo, y Patrick los crispaba también, rodeando con sus manazas morenas las pequeñas muñecas. Las mangas subidas de su sudadera mostraban, en los antebrazos, venas salientes que se tensaban como cables. Contra su espalda, Nicolas notaba el vientre duro de Patrick que, al mismo ritmo que el suyo, se contraía de aprensión en el umbral del vacío. El vientre se contraía aún más, intentando luchar, en el instante en que caían en picado, y se relajaba un poco al llegar abajo, pero ya arrancaban hacia arriba, alcanzaban la cresta y volvía a empezar el maravilloso horror de la bajada. Nicolas cerraba los ojos, al tiempo que los muslos contraídos de Patrick apretaban los suyos. Pero de pronto, justo antes de llegar arriba, los abrió y divisó, lejos debajo de ellos, todo el parque de atracciones. Pequeñas figuras, hormigas humanas desplazándose por el suelo, a años luz. Mientras duró aquello, su mirada aisló una de esas figuras, dos: un hombre que se alejaba llevando a un niño de la mano. La oruga se precipitaba en el vacío, ya no se veía nada, pero comprendió lo que ocurría. En la siguiente vuelta, abrió los ojos de par en par, helado de espanto, y vio que el hombre que se llevaba a su hermanito estaba más lejos. Al volver a bajar, la oruga se lo ocultaría y, en la siguiente subida, seguro que ya no los vería. Habrían desaparecido. Era la última vez que veía a su hermanito, al menos a su hermanito intacto, con sus ojos, con todos sus miembros, todos los órganos que contenía su cuerpo. Lo que acababa de desvanecerse de sus ojos impotentes eran las últimas imágenes que tendría de él, su figurilla patosa con anorak y botas de goma rojas, de la mano de un hombre con chaqueta tejana, y de

nada servía gritar. Ni el mismo Patrick, contra cuyo cuerpo estaba pegado, lo oiría, y aunque lo oyese, aunque hubiese visto lo mismo, tampoco serviría de nada. El viaje en oruga duraba tres minutos, no había manecilla de alarma ni podía uno apearse en marcha. Durante un minuto y medio o dos minutos más, seguirían girando mientras su hermanito desaparecía tras la empalizada y el hombre de la chaqueta tejana se lo llevaba hacia la camioneta donde lo esperaban sus cómplices vestidos con batas blancas, y cuando parase la oruga, cuando bajasen, temblándoles las piernas, sería demasiado tarde. ¿Era él el único que lo había visto todo? ¿O Patrick también? No, no había visto nada, mejor que no hubiese visto nada. Al llegar abajo, alzaría a Nicolas de entre sus piernas, saldría de la cabina, estirándose, sonreiría y repetiría que eran los reyes del mambo. Durante unos segundos más, ignoraría lo que había ocurrido, podría sonreír. Nicolas le envidiaba, habría dado la vida por no haber abierto los ojos, no haber mirado hacia abajo, no haber visto lo que había visto, por compartir la feliz ignorancia de Patrick, vivir un minuto más, con él, en un mundo en el que su hermano no hubiese desaparecido. Habría dado la vida por que ese minuto durase eternamente, por que la oruga no se parase nunca. Lo que acababa de ocurrir, lo que estaba ocurriendo abajo no existiría. No lo sabrían nunca. Sólo existiría eso en la vida, la oruga girando cada vez más deprisa, la fuerza centrífuga que los proyectaba hacia el cielo, muy lejos, los pegaba el uno al otro, muy fuerte, y ese agujero que se abría en su vientre, le aspiraba desde el interior, se colmaba un instante, se abría de nuevo, hurgaba cada vez más lejos, y el vientre de Patrick contra su espalda, sus muslos en torno a los suyos, su aliento en el cuello, y el estrépito, y el vacío, y el cielo.

Lo despertó la humedad, y de inmediato la certeza de una catástrofe. La sábana estaba mojada, al igual que el pantalón y la chaqueta del pijama. A punto estuvo, creyéndose en su casa, de llamar a alguien llorando, pero ahogó el grito a tiempo. Todo el mundo dormía. Afuera, silbaba el viento entre los abetos. Nicolas, tumbado boca abajo, no se atrevía a moverse. Primero confió en que, durante la noche, se secasen las sábanas y el pijama con el calor del cuerpo. Al día siguiente, nadie repararía en nada, a menos que subiesen a mirar y a oler la sábana. Pero no notaba el olor característico del pipí. Era un olor más anodino, apenas perceptible. También la consistencia era distinta, como un pegamento húmedo entre su cuerpo y la sábana. Inquieto, deslizó una mano debajo y palpó algo viscoso. Se preguntó, aterrado, si no se le habría abierto el vientre, dejando escapar ese líquido pegajoso. ¿Sangre? Estaba demasiado oscuro para comprobarlo, pero imaginó una enorme mancha roja extendiéndose por la cama y por el pijama azul de Hodkann. Al menor movimiento, se le desparramarían las vísceras. Sin embargo, una llaga le habría hecho daño, y no sentía dolor en ningún sitio. Tenía miedo. No se atrevía a llevarse la mano a la cara para acercarse a la boca, a la nariz, a los ojos, esa sustancia viscosa, esa secreción de medusa que había salido de él. Notaba, en la oscuridad, que se le crispaba el rostro y se le abrían los ojos de espanto ante la idea de que le ocurría algo horroroso que sólo le sucedía a él, algo sobrenatural.

En el libro donde salía la historia de la pata de mono, había leído otra historia espantosa, la de un joven que, tras absorber un extraño elixir, ve cómo poco a poco su cuerpo se descompone, se licua, se transforma en un negruzco magma viscoso. Además, en la historia no se da cuenta él sino su madre, que se extraña de que no quiera salir de la habitación, no deje entrar a nadie, se exprese con voz cada vez más baja, grumosa, muy pronto una especie de incomprensible chapoteo. Luego, el joven renuncia a hablar, se comunica a través de notas deslizadas bajo la puerta, notas cuya letra va degradándose también, las últimas no son ya más que infames garabatos en un papel cubierto de manchas negras y aceitosas. Y cuando la madre, muerta de espanto, manda forzar la puerta, no queda ya en el parqué más que un charco inmundo, en cuya superficie flotan dos ampollas que antes han sido ojos.

Nicolas había leído esa historia con avidez, pero sin sentir auténtico terror, como si lo que en ella se narraba no le amenazase, y de pronto le estaba sucediendo algo parecido, de pronto su cuerpo desprendía ese pus que se le pegaba. Era peor que una llaga, supuraba de él. Pronto eso sería él.

¿Qué verían los demás, en su cama, por la mañana?

Tenía miedo, miedo de ellos, miedo de sí mismo. Pensó que era mejor huir, ocultarse, licuarse solo, lejos de todos. Para él todo había acabado. Nadie más volvería a verlo.

Con precaución, temiendo un ruido de succión que no se produjo, acertó a alzar el

vientre. Apartando sábanas y mantas, reptó hacia la escalera de la litera, se deslizó hasta el pie de la cama. Hodkann tenía los ojos cerrados. De puntillas, cruzó el dormitorio sin despertar a nadie. En el pasillo, una lucecilla naranja indicaba el pulsador de la luz, pero no lo encendió. Al fondo, la ventana sin postigos ni cortinas que daba al bosque dibujaba una mancha lechosa, suficiente para orientarse. Bajó la escalera. Sus pies descalzos se contraían al contacto con el suelo. En la primera planta estaban cerradas todas las puertas, salvo las del pequeño despacho desde donde, por la mañana, la maestra había llamado a su madre. Entró, vio el teléfono y pensó que podía utilizarlo si quería. Hablar muy quedo, en medio de la noche, sin que nadie se enterase, pero ¿con quién? En ese mismo despacho la maestra y los monitores guardaban los papeles relacionados con los niños. Hubiera podido mirarlos, con la esperanza de encontrar algo que tuviese que ver con él. Las pocas veces que lo dejaban solo en casa, aprovechaba para hurgar en las cosas de sus padres, en el tocador de su madre, en los cajones del escritorio de su padre, sin saber muy bien lo que buscaba, qué secreto, pero con la oscura certeza de que encontrarlo era para él asunto de vida o muerte y de que, si lo encontraba, sus padres no tenían que enterarse. Se esmeraba en dejarlo todo en su sitio exacto para no despertar sus sospechas. Temía ser sorprendido, que regresaran sin hacer rechinar la puerta y que la mano de su padre se abatiera de repente sobre su hombro. Tenía miedo y el corazón le latía de excitación.

No se entretuvo en el despacho, fue a la planta baja. El pijama se le pegaba al vientre y a los muslos. La penumbra del vestíbulo albergaba una clase fantasma, descansos alineados a lo largo de la pared, hileras de anoraks colgados de las perchas. La puerta de entrada estaba cerrada, por supuesto, pero sólo con cerrojo, que no tuvo más que correr. Con precaución, tiró del largo batiente y vio que afuera todo estaba blanco.

La nieve lo cubría todo y seguía cayendo en copos que el viento hacía remolinear suavemente. Era la primera vez que Nicolas veía tanta y, desde el fondo de su angustia, le embargó una sensación de maravilla. El aire helado de la noche penetró en su pecho desnudo, contrastando con el calor de la casa dormida detrás, cual animalote saciado, de aliento tibio y regular. Abiertos los ojos de par en par, permaneció un momento en el umbral, luego extendió una mano sobre la que se posó levemente un copo y salió.

Hundiendo los pies descalzos en la nieve que todavía nadie había pisado, cruzó la explanada. El autocar también parecía un animal dormido, la cría del albergue, arimada a su vera, durmiendo con los ojos abiertos de sus grandes faros apagados. Nicolas lo rebasó y recorrió el camino hasta la carretera, también cubierta de nieve. Se volvió varias veces a mirar las huellas de sus pasos, profundas y sobre todo solitarias, espectacularmente solitarias: estaba solo afuera aquella noche, solo caminando por la nieve, descalzo, con el pijama mojado, y no lo sabía nadie, y nadie volvería a verle. En pocos minutos, se habrían borrado sus huellas.

Pasada la primera curva, se detuvo donde estaba aparcado el coche de Patrick. Muy lejos, por entre las ramas de los abetos, divisó una luz amarilla que se desplazaba por abajo y que luego desapareció: sin duda los faros de un coche que circulaba por la carretera general, en el valle. ¿Quién viajaría tan tarde? ¿Quién, sin saberlo, compartía el silencio y la soledad de aquella noche?

Al salir, Nicolas pensaba caminar sin parar hasta que le fallasen las fuerzas y cayera al suelo, pero tenía tanto frío que, casi inconscientemente, se acercó al coche de Patrick como si fuese un refugio. Para ello hubo de hundirse en la nieve hasta las rodillas. La portezuela no estaba cerrada. Se encaramó al asiento del conductor, encogió las piernas e intentó hacerse un ovillo ante el volante. El asiento, a su contacto, estaba ya empapado, helado. Deslizó una mano entre las piernas y la cintura, pero el líquido viscoso se había secado como una corteza: lo que chorreaba era solamente nieve. Tiritando, mantuvo la mano en el hueco del vientre, entre el ombligo y lo que no le gustaba nombrar porque ninguno de sus nombres le parecía el auténtico, ni el pajarito que empleaban a veces sus padres, ni verga ni pene, como había leído en el diccionario de medicina, ni polla, que había oído en la escuela. Un día, en un rincón del patio de recreo, un compañero se había sacado la suya y, en plan gracioso, les había hecho una demostración de cómo le obedecía. Se ponía tiesa cuando la llamaba diciendo: «¡Ven, Tita, sube, Tita!» El chico la cogía entre dos dedos y, tensándola como un arco, la hacía rebotar contra el vientre. Aquello, sin embargo, debía de tener un nombre, un nombre de verdad, del que se enteraría más adelante.

Nicolas recordó el cuento de la sirenita, que había sido junto con Pinocho uno de los libros preferidos de su infancia. Había una escena que le producía un efecto

extraño: cuando la sirenita, enamorada del príncipe al que ha entrevisto en la tempestad, sueña con ser humana para que éste la ame, y para ello recurre al sortilegio de la bruja. La bruja le suministra un brebaje que le hará crecer piernas en vez de la cola de pez, y a cambio le quita la voz. Tendrá que ganarse el amor del príncipe muda, y si fracasa, si al cabo de tres meses el príncipe no le ha declarado su amor, morirá. El momento preferido de Nicolas era la noche que la sirena pasaba sola en la playa, tras haber tomado el brebaje. Se tumbaba en la arena, con su cola de pez cubierta de hojas, y esperaba a orillas del mar, bajo las brillantes y lejanas estrellas, a que se operase la metamorfosis. En el libro de Nicolas aparecía una ilustración que la mostraba en ese instante, con largos cabellos rubios ocultándole los pechos, y las escamas que arrancaban de debajo mismo del ombligo. No era muy bonito el dibujo, pero se adivinaba la increíble suavidad de su vientre, por encima de la cola de pez. Durante la noche, la sirenita tenía dolores, no se atrevía a mirar bajo las hojas, donde lo que todavía era pugnaba con lo que pronto sería. Le dolía mucho, muchísimo, gemía muy quedo, temiendo llamar la atención de los pescadores que, a escasa distancia, en la playa, conversaban ante el fuego mientras remendaban las redes. Muy bajito, para sus adentros, la sirenita intentaba cantar, para oír por última vez su propia voz. Al rayar el alba, advertía que el combate había terminado y el sortilegio había surtido efecto. Notaba que bajo las hojas había otra cosa, que lo que había sido se había convertido en otra cosa. Tenía miedo, su alma estaba atrozmente triste, su voz se había apagado ya en el fondo de su garganta. A tientas, deslizaba las manos a lo largo del cuerpo y allí, bajo el ombligo, donde desde su nacimiento habían comenzado las escamas, la suavísima piel continuaba. Nada conmocionaba tanto a Nicolas como ese momento, muy breve en el libro, pero que él podía pasar horas imaginando, en el que las manos de la sirenita descubrían sus piernas. Acurrucado en la cama con las sábanas muy levantadas, jugaba, antes de dormirse, a ser la sirenita, y con sus propias manos recorría sus muslos, la piel suave del interior de los muslos, tan suave que era posible hacerse la ilusión de que tocaba las de la sirenita, las pantorrillas, los tobillos, los finísimos y gráciles tobillos de la sirenita, y de nuevo, como por obra de un imán, subían, la sirenita y él, al interior de los muslos, donde las manos tenían calor, y era tan dulce, tan triste, esa sensación, que le hubiera gustado que durase siempre y echarse a llorar.

Ahora no lograba llorar, tenía demasiado frío, pero era aún más parecido a lo de la historia. No estaba acostado en su cama, sino solo fuera, bajo las brillantes y frías estrellas, rodeado de nieve brillante y fría, y tan lejos de todos, tan lejos de toda ayuda, como la sirenita cuando comprendía, al amanecer, que no pertenecía ya al mundo de los seres marinos ni pertenecería nunca al de los hombres. Estaba sola, muy sola, sin más auxilio que su propio calor y la suavidad de su vientre, en torno al cual se replegaba, donde se cobijaba, castañeteándole los dientes, sollozando de miedo y de tristeza, consciente ya de que lo había perdido todo y no obtendría nada a cambio. La habría tranquilizado oír su voz, pero ya no tenía voz, también eso se había

acabado, y Nicolas comprendió que para él también, que su destino sería el mismo. Nadie volvería a oír su voz. Moriría de frío durante la noche. Hallarían su cuerpo por la mañana, azulado, endurecido bajo una fina lámina de hielo, casi quebradizo. Lo más probable era que lo descubriera Patrick. Lo sacaría del coche llevándolo en brazos, intentaría reanimarlo haciéndole el boca a boca, pero en vano. También sería Patrick quien le cerraría los ojos desencajados por el sufrimiento y el terror. Le costaría, los párpados helados no querían bajar, a todo el mundo le daría miedo afrontar la mirada espantada del niño muerto, pero Patrick daría con la solución. Con la punta de sus hábiles dedos morenos sabría cómo volver dúctiles los párpados, bajarlos lentamente, y sus dedos se detendrían en el rostro ya sin mirada, apaciguado.

Habría que avisar a sus padres. Toda la escuela asistiría a su entierro.

Mientras se consolaba un poco imaginando cómo se desarrollaba éste, una rama arañó el cristal del coche y de nuevo hizo presa de él el miedo. Más que de un animal, el miedo de un asesino rondando en la noche en torno al albergue, dispuesto a despedazar a los niños que cometiesen la imprudencia de salir de él, de abandonar su grato calor de animal dormido. Pensó en el coche cuyos faros había visto abajo, en la carretera general; en el viajero, única persona que velaba con él aquella noche, y permaneció pendiente del menor ruido, del crujido afelpado de un paso en la nieve. Había deslizado las manos entre los muslos, cuyo temblor ya no controlaba. Una de ellas apretaba esa cosita que no tenía nombre, y no lloraba, pero su rostro se crispaba de espanto, y Nicolas abría la boca para gritar, sin articular un sonido, desorbitaba los ojos, componía una máscara de terror atroz para que quienes lo encontrasen comprendieran, nada más verlo, lo que había padecido antes de morir, a unos metros de ellos, en medio de la nieve y la noche, mientras todos dormían.

Temblaba con todo su cuerpo, suavemente, sin apenas darse cuenta. No había perdido la conciencia, pero los pensamientos no acertaban ya a circular por los circuitos de su cerebro, invadidos por el hielo. A ratos, era como un pez entumecido, atontado, que subía desde las negras y tranquilas profundidades hacia la superficie, se acercaba a la capa de hielo que la recubría y, antes de desaparecer de nuevo, englutido por la oscuridad, dejaba una pequeña huella, un parpadeo, la estela al punto borrada de una sorpresa: o sea que eso era morir. Hundirse así, lentamente, en el embotamiento, en el hielo, hasta ese lugar tranquilo, negro y profundo donde pronto no existiría Nicolas, ni cuerpo con que temblar, ni consuelo que esperar, nada. Ignoraba ya si sus ojos estaban abiertos o cerrados. Notaba el contacto del volante contra la frente, pero no veía nada, ni el interior de la portezuela, ni el exterior, el trozo de carretera cubierta de nieve o los abetos en el marco del cristal. En un momento dado, sin embargo, un rayo de luz hirió sus párpados. Algo que se movía y cambiaba de dirección. Nicolas pensó fugazmente en el viajero nocturno, luego en un gigantesco pez de los abismos que evolucionaba en torno a él rodeándolo con su aura fosforescente. Le hubiera gustado descender, descender cada vez más con el pez a las profundidades, para escapar del viajero, no ver su rostro. Estuvo en un tris de gritar cuando el foco de la linterna lo cegó y se abrió la portezuela. Una forma oscura se inclinó sobre él, y un grito se ahogó en su garganta. Una mano le tocó, una voz dijo: «Nicolas, pero ¿qué pasa, Nicolas?» Reconoció esa voz y entonces todo su cuerpo se relajó, sus músculos, sus nervios, sus huesos, sus pensamientos, todo empezó a fluir, a fluir sin fin, como lágrimas, mientras Patrick lo alzaba en brazos.

Había debido de abrir los ojos, porque recordaba la portezuela abierta tras ellos mientras Patrick lo llevaba camino arriba. En sus prisas por devolverlo al albergue, había olvidado cerrarla, y la imagen de esa portezuela batiendo como un ala rota en el costado del coche había quedado grabada en la retina de Nicolas. Más tarde, para hacerle reír, Patrick y MarieAnge le dijeron que, mientras le friccionaban, no había parado de hablar de aquella portezuela, de decir que había que regresar a cerrarla. Mientras ellos se preguntaban si sobreviviría, su única preocupación era que la portezuela no se quedase abierta en la noche.

Luego la luz, los rostros de Patrick y de MarieAnge, sus voces repitiendo su nombre. Estaba con ellos, sus manos cálidas recorrían su cuerpo, lo frotaban, lo envolvían, y sin embargo le llamaban como si estuviese perdido en un bosque y participasen en una batida para encontrarlo. Yacía en un sotobosque, herido, perdiendo sangre, y oía en lontananza sus voces inquietas, Nicolas, Nicolas, ¿dónde estás, Nicolas? En un momento dado, unos pasos hicieron crujir las hojas, pasaron muy cerca de él pero sin saberlo, y él no podía hacer que le oyeran, se alejaban ya, continuaban buscando en otra zona del bosque. Patrick, más tarde, lo cogió en brazos y subió la escalera con él. Lo tumbaron, lo taparon con pesadas mantas, le

incorporaron la cabeza para que tomara algo muy caliente que le obligó a hacer una mueca, pero la voz de Marie-Ange insistió, dijo que era bueno, que tenía que tomárselo, inclinaron el vaso y el líquido ardiente penetró en su garganta. Empezó a notarse de nuevo el cuerpo, recorrido por escalofríos tan amplios y largos que producían placer. Ondulaba bajo las mantas, como un grueso pez que diera coletazos a cámara lenta. Tenía los ojos cerrados, no sabía adónde le habían llevado, sólo que estaba en lugar seguro, que tenía calor, que cuidaban de él, que Patrick había acudido a salvarle de la muerte y lo había llevado en brazos hasta ese calor y esa seguridad. Las voces que le rodeaban se habían tornado murmullos, una tela un poco áspera le rozaba la boca. Su cuerpo seguía moviéndose, describiendo muy lentos estremecimientos que terminaban en la planta de los pies, se demoraban allí como si hubieran querido ir más lejos, estirarle más. Se sentía pequeñito en un rincón de la cama, cobijado bajo la manta como en una cueva, y el otro rincón de la cama parecía haberse alejado infinitamente, elevado también. Se erguía encima de él como una gigantesca duna que subía muy alto en el cielo y venía a morir bajo su rostro. Por la desmesurada pendiente de esa duna descendía una bola negra. Sólo era una manchita al principio, cuando abandonaba la cumbre, pero iba haciéndose cada vez más grande al bajar, enorme, Nicolas adivinaba que iba a ocupar todo el espacio, que lo llenaría todo y le aplastaría. Producía al acercarse un zumbido cada vez más fuerte. Aunque Nicolas tenía miedo, enseguida advirtió que podía hacer retroceder la bola negra a su antojo, mandarla a la cima de un golpe, condenada a un nuevo descenso que él sabría interrumpir una vez más antes de que le aplastase. Justo antes: todo el placer estribaba en dejarla aproximarse lo más cerca posible, en evitarla lo más tarde posible.

Encogido sobre sí mismo, tenía calor, mucho calor. Aunque estaba despierto, retrasaba el momento de abrir los ojos para así prolongar ese calor, ese bienestar. El interior de sus párpados era de color naranja. Oía un zumbido ligero, relajante, procedente quizá de sus oídos, o quizá de una lavadora del albergue. Tras el vidrio, la ropa daba vueltas retorciéndose lentamente en el agua muy caliente. Nicolas se tocaba la barbilla con las rodillas, y tenía pegada a los labios la mano con la que sujetaba las mantas. Notaba los nudillos, su calor seco. La otra mano debía de estar en alguna otra zona de la cama, en la profundidad quieta y caliente donde se enroscaba su cuerpo. Cuando por fin abrió los ojos, la luz también era cálida. Habían corrido las cortinas, pero el sol, tras ellas, brillaba tanto que la habitación aparecía bañada en una penumbra anaranjada, moteada de puntitos luminosos. Reconoció la mesa, la pantalla de la lámpara, y comprendió que lo habían acomodado en el despacho donde estaba el teléfono. Exhaló un pequeño gemido, para oírse a sí mismo, luego otro más fuerte, para saber si había alguien por los alrededores. Se oyeron pasos por el pasillo. La maestra se sentó en el borde de la cama. Con voz suave, poniéndole la mano en la frente, le preguntó si se encontraba bien, si le dolía algo. Propuso descorrer las cortinas, y los rayos de sol invadieron alegremente el cuarto. Luego fue a buscar el termómetro. ¿Sabía Nicolas tomarse la temperatura? Nicolas asintió, cogió el termómetro que ella le tendía y lo hizo desaparecer bajo las sábanas. A tuestas, todavía acurrucado, se bajó el pantalón del pijama y guió el termómetro entre las nalgas. El contacto era frío, le costó dar con el agujero, pero lo consiguió y asintió de nuevo cuando la maestra le preguntó si lo tenía puesto. Esperaron un momento, ella seguía acariciándole la frente, y de pronto se oyó un timbrecillo bajo las mantas. La maestra dijo que ya estaba y Nicolas le entregó el termómetro. «Treinta y nueve grados y cuatro décimas», leyó la maestra. «Tienes que descansar.» Luego le preguntó si quería comer algo, no, contestó Nicolas, entonces beber, hay que beber cuando se tiene fiebre. Nicolas bebió y se recogió en el calor, en el suave y hormigueante embotamiento de la fiebre. Volvió a jugar con la bola negra. Más tarde, lo despertó el timbre del teléfono. La maestra apareció en el acto, como si hubiese estado esperando en el pasillo. Habló unos minutos en voz baja mirando a Nicolas con una sonrisa y, tras colgar, volvió a sentarse al borde de la cama para saber de nuevo la temperatura y volver a darle de beber. Muy quedo, le preguntó si le había ocurrido ya alguna vez lo de pasearse de noche sin darse cuenta. Nicolas contestó que no lo sabía, y ella le apretó la mano como si le bastara esa respuesta, lo que dejó a Nicolas a un tiempo sorprendido y aliviado. Más tarde aún, oyó el motor del autocar en la explanada y, en la planta baja, el alegre bullicio de la clase que volvía del curso de esquí. En la escalera, se oyeron carreras, gritos y risas. La maestra pidió a los niños que no hicieran mucho ruido, que Nicolas estaba enfermo. Éste sonrió y cerró los ojos. Le gustaba estar enfermo, tener fiebre, rechazar la bolaza negra en el

momento en que rodaba sobre él para aplastarle. Le gustaban esos ruidos extraños, zumbidos, chirridos, que no sabía si venían de fuera o del interior de su cuerpo. Le gustaba que se ocuparan de él sin exigirle nada, sólo que tomara unas medicinas. Pasó un día maravilloso, tan pronto dejándose hundir en la somnolencia habitada por la fiebre, como disfrutando de estar despierto, inmóvil, escuchando desde la cama el rumor de la vida del albergue sin verse obligado a participar en ella. A la hora de la comida, le llegaron desde abajo el tintinear de los cubiertos, el entrechocar de los platos que alguien apilaba, las voces agudas que se cruzaban, las risas, las amenazas nada serias de los monitores y la maestra. Ésta subía a verle cada hora, y Patrick subió también, una vez. Como ella, le palpó la frente y le dijo que realmente estaba hecho un buen pájaro. Nicolas quería agradecerle que le hubiera salvado la vida, pero temió que entre reyes del mambo aquello sonase a falso, a demasiado sentimental, y prefirió callar. Al caer la noche, la maestra le dijo a Nicolas que tenía que volver a llamar a su mamá. Le había telefonado ya por la mañana, mientras él dormía, y ahora tenía que darle más noticias. Podía hablar con ella, si quería. Nicolas dejó escapar un lánguido suspiro, dando a entender que estaba demasiado débil para eso, y se limitó a oír lo que decía la maestra. Que tenía mucha fiebre, que por supuesto era una lástima para el chico, pero que no, que no merecía la pena mandarlo a casa. Además, no había nadie que pudiera acompañarlo. Luego habló de sonambulismo. Dijo que tales casos no eran infrecuentes, pero que le extrañaba que no lo hubieran notado hasta entonces. Nicolas comprendió por las respuestas siguientes que su madre protestaba: nunca había sufrido de sonambulismo. La insistencia que la madre ponía en negarlo, como si fuese una enfermedad vergonzosa de la que pudiera considerarse responsable, disgustó a Nicolas. Por otro lado, le gustaba mucho que la maestra achacara la historia de la noche anterior al sonambulismo. Así no tenía por qué dar explicaciones. No era culpa suya, no dependía de su voluntad. Lo dejaban en paz. «Me gustaría pasarle a Nicolas...», propuso la maestra. Ante su mueca implorante, se apresuró a añadir: «... pero en este momento está durmiendo», y Nicolas le lanzó una mirada de gratitud antes de enroscarse de nuevo en la cama, ondulando con todo su cuerpo, ocultando el rostro en la almohada y sonriendo solo, esta vez para sí.

Nicolas durmió bien, y el día siguiente fue totalmente feliz. Por la mañana, entró Patrick en el despacho y con su sonrisa cómplice de rey del mambo dijo que ya estaba bien de monopolizar a la maestra: con toda la nieve que había caído, no era justo que ella se quedase otra vez sin esquiar y, como no iban a dejarle solo en el albergue, Nicolas iría también con ellos. Éste, temiendo que lo obligaran a esquiar, quiso decir que no se encontraba bien, pero ya Patrick procedía a vestirle, o sea a superponer a su pijama varias prendas de abrigo que —dijo riendo— le daban un aspecto de muñeco Michelin. Al final, anunció: «¡Última capa!», y, tumbando al muñeco en la cama, lo arropó en la manta y alzó el paquete, del que apenas asomaban los ojos de Nicolas. Cargado con él, bajó la escalera e irrumpió en la sala, donde la clase, una vez despejadas las mesas del desayuno, se disponía a salir. «¡Marchando el paquete de ropa sucia!», bromeó Patrick, y Marie-Ange soltó una carcajada. Los demás formaron corro en torno a ellos. En los brazos de Patrick, Nicolas tenía la sensación de haber trepado a un árbol para escapar de una manada de lobos. Por más que gruñeran, babearan o arañaran el tronco, él se hallaba a salvo en la rama más alta. Observó que Hodkann no formaba parte del corro de lobos, sino que leía, un poco apartado, sin parecer prestar atención. No hablaban desde hacía dos días.

En el autocar, Patrick le apañó una especie de cama con dos asientos y una gruesa almohada. Marie-Ange dijo que estaba hecho un auténtico pachá y que, a ese paso, Patrick lo iba a maleducar. Detrás, los demás se burlaban un poco, pero Nicolas fingía no oírlos.

«¡Y ahora, al bar!», dijo Patrick cuando llegaron al pueblo. Lo volvió a coger en brazos, envuelto en su manta, y lo llevó al café del pueblo, que estaba al pie de las pistas. Mientras charlaba con el dueño, un hombre gordo y bigotudo, acomodó confortablemente a Nicolas en una banqueta junto a la ventana. Desde allí, a través de una balaustrada de madera con unos abetos esculpidos, podía verse la pequeña pendiente donde se daba el curso a los principiantes. Los niños se habían puesto ya los esquís y agitaban los bastones. Marie-Ange y la maestra parecían desbordadas y Nicolas se alegraba de librarse de todo aquello. Patrick le dio un montón de tebeos viejos —no muy interesantes, sólo para pasar el rato— y preguntó qué quería tomar el caballero. «¡Dele un vino caliente —dijo el dueño en plan guasón—, ya verá qué pronto se cura!» Patrick pidió un chocolate, revolvió el pelo a Nicolas y salió. Pasó detrás de la ventana y se incorporó al grupo. Todo el mundo se volvía confiado hacia el monitor, como si poseyera el privilegio de solventar todos los problemas: colocación defectuosa de esquís, guantes perdidos, botas mal cerradas, y todo ello sonriendo, con buen humor.

Nicolas permaneció en el café las tres horas que duró la clase de esquí. No había nadie aparte de él. El dueño preparaba las mesas para la comida sin prestarle atención. Nicolas se encontraba a gusto, apretado contra la almohada, envuelto en la

manta, como una momia. En la vida se había encontrado tan a gusto. Esperaba que la fiebre durara lo suficiente como para que el día siguiente fuera igual y el otro y todos los días que estuvieran en la nieve. ¿Cuántos quedaban todavía? Había pasado tres noches en el albergue, por lo tanto quedarían unos diez. Diez días enfermo, dispensado de todo, llevándole Patrick arropado en las mantas, sería maravilloso. Se preguntó cómo hacer que durase la fiebre, pues notaba que empezaba a bajar. Ya no le zumbaban los oídos y tenía que esforzarse para tener escalofríos. A ratos, dejaba escapar un leve gemido, como si hubiese medio perdido el conocimiento y actuase de nuevo independientemente de su voluntad. A lo mejor, ahora que lo creían sonámbulo, podría volver a salir por la noche, mantenerse enfermo y lograr que siguieran preocupándose por él.

Eso del sonambulismo estaba bien. Se había temido reproches, y mira por dónde, gracias a esa explicación, no le reprochaban nada ni le hacían ningún tipo de preguntas. Hasta parecían compadecerle. Padecía una enfermedad misteriosa, no sabían ni cuándo podía repetirse ni cómo evitarlo: sí, la verdad es que era perfecto. La maestra convencería a sus padres, no obstante el recelo de éstos. Nicolas es sonámbulo, susurrarían en casa. Y, además, no lo dirían delante de él: cuando un niño está gravemente enfermo, nadie habla delante de él. ¿En qué medida era grave ser sonámbulo? Al margen de las ventajas que le veía él, ¿presentaba auténticos inconvenientes? Había oído decir que era peligrosísimo despertar a un sonámbulo mientras sufría el ataque. Pero peligroso, ¿por qué? ¿Para quién? ¿Qué podía ocurrir? ¿Podía morir, o enloquecer, o querer estrangular al que le hubiera despertado? Si hacía algo grave, terrible, durante su ataque, ¿sería culpa suya? Desde luego que no. Otra ventaja del sonambulismo era la dificultad de descubrir a un simulador. Para decir que uno tiene gripe, hace falta tener fiebre, y los demás pueden controlarla, mientras que si Nicolas se pusiera a caminar solo todas las noches, con las manos extendidas y la mirada ausente, puede que sospechasen que lo fingía para llamar la atención o cometer con esa excusa actos prohibidos, pero en la duda no podrían acusarle. A menos, claro, que existieran técnicas especiales. No sin inquietud, Nicolas imaginaba a su padre sacando del maletero del coche un aparato con esferas y manecillas, un casco que le ceñirían en la frente y que, si se levantaba de noche, demostraría irrefutablemente que actuaba con plena conciencia, que era responsable de sus actos e intentaba engañar a su familia.

Desde su enfermedad, nadie había vuelto a mencionar a su padre. El primer día, esperaban su regreso, o al menos que llamase dando noticias. La cosa parecía de cajón, pues estaba claro que tenía que abrir el maletero y descubrir la bolsa. Pero como no había dado señales de vida, habían dejado sencillamente de contar con él y de preguntarse cuándo llegaría. Si, como pensó Nicolas, ese silencio significaba que había tenido un accidente, se habrían enterado. En esos tres días, lo habrían encontrado en una cuneta. Habrían avisado a su madre y por consiguiente a él. Aunque hubieran retrasado el momento de anunciárselo, habría notado en la actitud

de los otros que había ocurrido algo grave. Pero no. Era extraño ese enigma, y el hecho de que todo el mundo se hubiera desinteresado tan pronto de él, o pareciera no darle ya importancia. Hasta Nicolas, a falta de otras hipótesis, lo tenía medio borrado. Sólo esperaba que su padre no regresase, que la estancia en la nieve siguiese así, que todos los días fuesen iguales que éste y la fiebre durase. Miraba afuera, a través del vaho y de los abetos esculpidos. Patrick había plantado palos en la pequeña pendiente, y los niños tenían que sortearlos. Algunos sabían ya esquiar y se burlaban de los que no sabían. Maxime Ribotton bajaba deslizándose sobre el trasero. Nicolas tenía calor. Cerró los ojos. Se encontraba bien.

Los gendarmes llevaban jerséis azul marino con piezas de piel en los hombros, pero ni chaqueta ni abrigo, y lo primero que pensó Nicolas, arrebujado en su manta, fue que debían de pasar un frío terrible. Cuando abrieron la puerta, penetró una corriente helada en el café, y pareció que fuera a correr un remolino de nieve entre sus pies. El dueño había bajado al sótano por una trampilla situada detrás de la barra y, como transcurrió casi un minuto hasta que el ruido en el local le hizo subir, Nicolas pensó que le correspondía recibir a los recién llegados. En otras circunstancias, el papel le hubiera aterrado, pero la fiebre y sobre todo el deseo de ser reconocido como sonámbulo le infundieron la audacia de quien se siente absuelto de antemano, liberado de las consecuencias de sus actos. Con voz bastante alta, dio los buenos días desde su rincón. Los gendarmes, ocupados en sacudirse la nieve de las botas, no habían reparado en su presencia y buscaron con los ojos quién había hablado, como si se esperasen descubrir la jaula de un loro colgada en algún sitio. Nicolas pensó por un instante que se había hecho invisible. Para ayudarlos, se movió un poco. La manta le resbaló de los hombros. Entonces, lo localizaron ambos a un tiempo, apoltronado junto a la ventana empañada. Intercambiaron una mirada rápida, casi alarmada, y se acercaron apresuradamente a él. A pesar de la fiebre y del sonambulismo, Nicolas tuvo miedo de haber cometido una tontería, de haberse metido en la boca del lobo, quizá de enfrentarse con falsos gendarmes. Inclinandose sobre él, lo examinaron sin decir nada e intercambiaron una nueva mirada. El más alto meneó la cabeza y el otro se dirigió por fin a Nicolas para preguntarle qué hacía allí. Nicolas se lo explicó, pero notaba que, pasado el breve momento de alerta que acababa de provocar, no les interesaba ya gran cosa su respuesta.

«Bueno, así que no estás solo», concluyó el más alto, aliviado. En ésas, asomó el dueño por la trampilla. Los gendarmes abandonaron a Nicolas y se reunieron con él en la barra. Estaban preocupados: había desaparecido un niño de Panossière, una aldea a unos kilómetros de allí. Llevaban buscándolo dos días. Nicolas comprendió lo que sospecharon los gendarmes al verlo a él, y pensó que en cierto modo poco había faltado: dos días, eso quería decir que el niño había desaparecido en el momento en que él había estado a punto de hacerlo.

De más pequeño, había leído las aventuras del Club de los Cinco y de los Siete Secretos, y recordaba algunas que empezaban así: uno de los niños detectives, que había sorprendido una conversación entre adultos, barruntaba un misterio que luego la banda aclaraba. Se imaginaba adelantándose a los policías encargados de la investigación, encontrando al niño desaparecido, llevándolo a la gendarmería y proclamando, con aire modesto, que no había resultado muy difícil: era cuestión de lógica, y además había tenido suerte. Gritando un poco para que lo oyeran, y procurando no sacar voz de falsete, preguntó qué edad tenía el niño. Los gendarmes y el dueño del café se volvieron sorprendidos hacia él.

—Nueve años —contestó uno de los gendarmes—, y se llama René. ¿No lo habrás visto, por casualidad?

—No creo —dijo Nicolas—. ¿Tienen su foto?

El gendarme parecía cada vez más sorprendido de ver entrometerse a Nicolas en la investigación, pero contestó con docilidad que tenía precisamente unos avisos de búsqueda que acababan de imprimir para colgarlos por la zona. Sacó de la cartera un fajo de carteles y mostró uno a Nicolas:

—¿Te suena?

La foto era en blanco y negro y estaba bastante mal multicopiada. Con todo, se veía que René tenía el pelo rubio, cortado «a lo tazón», y que llevaba gafas. Su sonrisa revelaba unos dientes delanteros muy separados, a no ser que le faltase uno de ellos. Precisaba el texto que la última vez que lo habían visto llevaba un anorak rojo, pantalón de pana beige y unos descansos nuevos marca Yeti. Nicolas examinó el papel durante bastante rato, notando clavadas en él las miradas intrigadas de los gendarmes, que fluctuaban sin duda entre la irritación ante aquel crío que se daba importancia y la idea de que no había que descartar ninguna pista. Nicolas prolongó un poco más el placer y por fin meneó la cabeza diciendo que no, que no lo había visto. El gendarme quiso coger el cartel, pero Nicolas sugirió colgarlo en el albergue donde se alojaba la clase. El gendarme se encogió de hombros.

—Ya puestos, ¿por qué no? —dijo su colega, que estaba apoyado en la barra, y Nicolas pudo conservar su botín.

El dueño del café, a quien tanta inquietud irritaba visiblemente, dijo que sería una fuga, nada muy grave.

—Ojalá —dijo uno de los gendarmes.

El otro, el que estaba en la barra, dijo dando un suspiro:

—A mí este tipo de carteles me pone enfermo. Porque aquí ve usted sólo uno, y todavía hay bastantes probabilidades de que el crío aparezca, pero en la gendarmería tenemos un tablero lleno de carteles, y los hay que llevan varios años. Tres años. Cinco años. ¡Diez años! Los buscas, y a la larga, claro, abandonas la búsqueda. No se sabe nada. Los padres no saben nada. Quizá siguen confiando. Lo que es seguro es que no paran de pensar en eso. ¿Se imagina? Cuando le ocurre a uno algo así, ¿en qué otra cosa va a pensar?

El gendarme hablaba con voz sorda, escrutando la foto y sacudiendo la cabeza, como si de un momento a otro fuera a estrellársela contra la barra. Su compañero y el dueño parecían molestos por ese ataque de emoción.

—Sí que es duro, sí... —reconoció el dueño, esperando que cambiasen de tema.

Pero el gendarme volvió a sacudir la cabeza y prosiguió:

—A ver, ¿qué pueden pensar los padres? ¿Que su crío ha muerto? ¿Que vale más que esté muerto? ¿O que vive en otro sitio, que se ha hecho mayor? Ves referencias como éstas, el anorak, los descansos, la estatura: un metro doce centímetros, peso: treinta y un kilos, y luego miras la fecha, y es de siete años atrás. Hacía siete años el

chaval medía un metro doce y pesaba treinta y un kilos. ¿Y qué haces con eso? —El gendarme estuvo a punto de prorrumpir en sollozos, pero se contuvo. Exhaló un largo suspiro, como para serenarse, para disculparse ante los otros dos, y, con el tono con que se dice «Ya está, ya pasó, no os preocupéis», repitió con voz suave—: ¿Qué coño haces con eso?

A Nicolas le había bajado la fiebre; en realidad, ya no estaba enfermo, pero todo iba transcurriendo, conforme a sus deseos, como si tuviera que estarlo hasta el final del curso de esquí, como si una vez elegido ese lugar resultara más cómodo para todo el mundo que lo conservase. Ni siquiera intentaban justificar su cuarentena controlándole la temperatura o administrándole medicamentos. Sencillamente, la maestra y los monitores parecían haber olvidado que habría podido tomar clases de esquí como los demás, comer abajo con ellos y dormir en las literas. Cuando entraban en el despachito que desde hacía dos días le servía de habitación, lo veían tumbado en el sofá, arrebujado en su manta, abismado en la lectura de un libro, o las más de las veces soñando despierto, y mientras telefoneaban o buscaban papeles le sonreían, le dirigían unas palabras amables como a un animal doméstico o a un niño mucho más pequeño de lo que era. Dejaban la puerta entreabierta. A veces, un alumno asomaba la cabeza y le preguntaba si estaba bien o si necesitaba algo. Esas visitas eran breves, sin hostilidad pero insustanciales. Hodkann no le hizo ninguna.

Así, una tarde después de que pasaran los gendarmes por el café, entró Lucas a saludar a Nicolas, que, contra su costumbre, le hizo quedarse y le pidió un favor: tenía que venir a verle Hodkann; quería hablar con él. Lucas prometió darle el recado y se dirigió a la planta baja, de donde llegaban ruidos sordos de cuerpos que caían. Patrick estaba dando a la clase un curso de iniciación al kárate.

Nicolas esperó en vano hasta la noche. ¿Hodkann no quería venir o acaso Lucas no le había dado el recado? Llegó la hora de cenar, y la de acostarse. Se produjo el alboroto habitual, que duró bastante, y por fin reinó la calma. Desde la sala grande llegaban, sin que pudiese distinguirse lo que decían, las voces de los monitores y de la maestra, que charlaban mientras tomaban una infusión y fumaban un pitillo, como tenían por costumbre hacer antes de irse a la cama. Entonces entró Hodkann en el despacho.

No había hecho el menor ruido y sorprendió a Nicolas. Sin darle tiempo a prever nada, Hodkann se plantó ante él, en pijama, mirándolo con dureza. La expresión de su rostro dejaba traslucir que no estaba acostumbrado a que le llamara por las buenas un mocoso y que esperaba que no le hubiera molestado por una nadería. No abrió la boca; le tocaba a Nicolas hablar el primero. Éste prefirió guardar también silencio, sacó de debajo de la almohada el cartel de búsqueda, que desplegó para enseñárselo a Hodkann. La lamparita de cabecera difundía por la habitación una suave luz anaranjada y un zumbido casi imperceptible que debía de provenir de la bombilla. Abajo, seguía oyéndose el apacible rumor de voces de adultos, en el que sobresalía a ratos la cálida risa de Patrick. Hodkann examinaba el cartel sin prisa. Se había entablado una especie de duelo que perdería quien hablase el primero, y Nicolas comprendió que, de cara a sus relaciones con Hodkann, era mejor que lo hiciera él.

—Había unos gendarmes en el café esta mañana —dijo—. Llevan buscándolo dos

días.

—Ya lo sé —contestó fríamente Hodkann—. Hemos visto el cartel en el pueblo.

Nicolas se sintió desamparado. Creía revelar un secreto a Hodkann, y ya estaba enterado todo el mundo. En los dormitorios no se hablaría de otra cosa. Le hubiera gustado que Hodkann le devolviera el cartel: era su única posesión, la única baza que poseía él en ese asunto, y, estúpidamente, lo primero que hacía era desprenderse de ella. Ahora, Hodkann le preguntaría para qué lo había hecho venir, qué tenía que decirle, y Nicolas se lo había dicho ya todo. Caerían sobre él la ira y el terrible desprecio de Hodkann. Éste miraba a Nicolas por encima del cartel, con la fría e inquisitiva expresión que esgrimía desde que había entrado. Parecía capaz de permanecer horas así, sin cansarle la zozobra que provocaba en su víctima, y Nicolas pensó que no aguantaría semejante tensión.

Entonces, como siempre imprevisible, Hodkann rompió el silencio. Su rostro se distendió, se sentó campechanamente al borde de la cama, junto a Nicolas, y le preguntó:

—¿Tienes alguna pista?

De pronto cesó la sensación de hostilidad. Nicolas no sólo no tenía ya miedo, sino que experimentaba con Hodkann esa complicidad confiada, susurrante, que tantas veces había soñado y que unía también a los miembros del Club de los Cinco. Éstos, por la noche, a la luz de una linterna, mientras todo el mundo dormía, intentaban resolver un terrible misterio.

—Los gendarmes piensan que es una fuga —comenzó a decir—. Bueno, esperan...

Hodkann sonrió con afectuosa ironía, como si conociera bien a Nicolas y supiera por qué derroteros iba a llevarle.

—Y tú —completó— no lo crees. —Echó una ojeada al cartel, que seguía desplegado en sus rodillas, y añadió—: Opinas que no tiene pinta de fugitivo.

Ese argumento no se le había ocurrido a Nicolas. Era consciente de su endeblez, pero, como no tenía otro, asintió. Hodkann había aceptado su ofrecimiento de enfocar la búsqueda de René por la vía del misterio; se imaginaba ya descubriendo con él pasadizos secretos, explorando húmedos subterráneos sembrados de osamentas, y como no tenían ninguna pista de la que partir, más valía no ponerse exigentes. De pronto, se le ocurrió una idea que le deslumbró. Su padre le había dicho que no se lo contase a nadie, que no traicionase la confianza que habían depositado en él los directivos de la clínica, pero a Nicolas tanto le daba: Hodkann y René lo merecían.

—Algo sí que he pensado —aventuró—, pero...

—Di —ordenó Hodkann.

Y Nicolas, sin hacerse más de rogar, le refirió la historia de los traficantes de órganos que raptaban a los niños para mutilarlos. En su opinión, eso era lo que le había ocurrido a René.

—¿Y en qué te basas? —preguntó Hodkann con tono que no expresaba duda sino,

por el contrario, vivo interés.

—No se lo digas a nadie —explicó Nicolas—, pero la noche en que salí no fue por sonambulismo. No conseguía dormirme y de pronto, por la ventana del pasillo, vi luz en el aparcamiento. Un hombre se paseaba con una linterna. Me pareció extraño, así que bajé. Lo seguí a escondidas hasta una camioneta que estaba aparcada en la carretera. Era una camioneta blanca, exactamente como ésas donde llevan escondidos quirófanos. El hombre subió y el coche empezó a moverse. Los faros estaban apagados; ni siquiera puso el motor en marcha, sino que empezó a bajar la carretera en punto muerto, para no hacer ruido. Me pareció raro, ¿entiendes? Me acordé de lo del tráfico de órganos y pensé que estarían rondando por el albergue, por si alguien salía solo...

—Pues de buena te escapaste, la verdad —murmuró Hodkann.

Nicolas, que lo notaba cautivado, disfrutaba de su nuevo papel. Había improvisado así, de repente, pero ya cobraba cuerpo toda una historia ante él, había hallado una explicación para cuanto había ocurrido los últimos días, empezando por su propia enfermedad. Recordó un libro en el que el detective fingía también que estaba enfermo, que deliraba, para no despertar el recelo de los malhechores y vigilarlos por el rabillo del ojo. Era exactamente lo que llevaba dos días haciendo él. En el libro, el ayudante del detective, muy capacitado, aunque menos inteligente que él, proseguía solo la investigación, lo mejor que podía, imaginando a su jefe fuera de órbita. Al final, el jefe ponía las cartas boca arriba, confesaba la artimaña, y resultaba que quedándose en la cama había avanzado mucho más en la solución del misterio que el ayudante, que había recurrido a múltiples vigilancias e interrogatorios. Nicolas, fascinado por su relato, acabó juzgando natural ese reparto de papeles entre Hodkann y él, y lo más sorprendente era que el propio Hodkann parecía aceptarlo también. Ambos imaginaban a los traficantes de órganos espionando el albergue, esa enorme reserva de hígados, riñones, ojos y cuerpos frescos, esperando una ocasión que no se presentaba y desquitándose con René, un niño del pueblo vecino, que había tenido la desdicha de andar solo por aquellos parajes. Aquello cuadraba. Cuadraba de maravilla.

—Pero —se inquietó de súbito Hodkann— ¿por qué no hay que contárselo a nadie? Si es verdad, me parece muy grave. Habría que avisar a la policía.

Nicolas lo miró de arriba abajo. Aquella noche, era Hodkann quien hacía las preguntas tímidas y sensatas, y él, Nicolas, quien le cerraba el pico con respuestas sibilinas.

—No nos creerán —empezó a decir; y continuó bajando la voz—: y si nos creen, será peor. Porque los traficantes de órganos tienen cómplices en la policía.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Hodkann.

—Me lo ha dicho mi padre —contestó con autoridad Nicolas—. Por su profesión, conoce a muchos médicos.

Y mientras hablaba, olvidando que todo el asunto descansaba en una primera

mentira suya, asomaba una nueva idea en su mente: tal vez la ausencia de su padre tenía que ver con el asunto. ¿Y si había sorprendido a los traficantes y había intentado seguirlos? ¿Y si ellos lo tenían preso o lo habían matado? Por más que la hipótesis fuese endeble, hizo partícipe de ella a Hodkann, y para afianzarla siguió inventando: de aquello, sobre todo, tampoco había que hablar, pero su padre estaba investigando sobre ese asunto, él solo, a espaldas de la policía. Utilizando su profesión como tapadera, y sus relaciones en el mundo hospitalario, seguía la pista a los traficantes. Por eso había venido por allí, so pretexto de acompañar a Nicolas al albergue: sus informadores le habían revelado la presencia de la camioneta donde se realizaban las operaciones clandestinas. Era una caza terriblemente peligrosa. Tenía que vérselas, él solo, con una organización poderosa y sin escrúpulos.

—Un momento —dijo Hodkann—, ¿es detective tu padre?

—No —contestó Nicolas—. No, pero... —Se interrumpió, y ahora fue él quien miró a Hodkann con severa determinación, como si sopesara su capacidad para encajar lo que le quedaba por saber. Nicolas comprendió que no ponía en duda nada de lo que le había contado y, un tanto espantado por sus palabras, continuó hablando —: Tiene una cuenta pendiente con ellos. El año pasado raptaron a mi hermano pequeño. Desapareció en un parque de atracciones y lo encontraron más tarde detrás de una tapia. Le habían quitado un riñón. ¿Entiendes ahora?

Hodkann lo entendía. Tenía el rostro grave.

—Aún no lo sabe nadie —agregó Nicolas—. ¿Me juras que no lo contarás?

Hodkann lo juró. Nicolas disfrutaba viendo cómo le subyugaba su relato. Le había envidiado a su padre muerto, y muerto de muerte violenta, como fuente de su prestigio, y ahora él también tenía un padre aventurero, un justiciero que afrontaba mil peligros, metido en una peripecia de la que tenía pocas posibilidades de salir vivo. Por otro lado, se preguntaba con inquietud adónde le llevaría la loca escalada de esa noche, esa cascada de mentiras sobre las que no podía volver atrás. Si Hodkann hablaba, sería una catástrofe espantosa.

—He hecho mal en decírtelo —murmuró—. Porque ahora tú también corres peligro. Eres un blanco para ellos.

Hodkann sonrió con una mezcla de ironía y valentía que lo hacía irresistible, y dijo:

—Estamos metidos en el mismo barco.

En ese instante, se restablecieron los papeles: Hodkann volvía a ser el mayor a quien el pequeño había hecho bien en confiarle sus peligrosos secretos, pues ahora tomaría las riendas del asunto y le protegería. En la sala de abajo los sillones rascaron las baldosas del suelo; luego, se oyeron las voces de la maestra y de los monitores que subían la escalera para ir a sus habitaciones. Hodkann se llevó un dedo a la boca y se arrojó debajo de la cama. Al poco, la maestra empujaba la puerta entreabierta:

—Ya es hora de dormir, Nicolas, que es tarde.

Nicolas asintió con voz soñolienta y alargó el brazo para apretar el interruptor.

—¿Estás bien? —preguntó la maestra.

—Muy bien —contestó.

—Pues buenas noches.

Salió al pasillo, donde apagó allí también la luz. Sus pasos se alejaron; luego se oyó chirriar una puerta y correr el agua de un grifo.

—Vale —susurró Hodkann sentándose en la cama junto a Nicolas—. Ahora tenemos que montar un plan de campaña.

Tan pronto se detuvo el autocar en la plaza del pueblo, situada más abajo de la pista donde daban los cursos de esquí, Nicolas comprendió que había ocurrido algo grave. Delante del café se apiñaba un grupo de hombres y mujeres, e incluso de lejos se advertía en sus rostros una expresión de dolor y de ira. El autocar atrajo miradas hostiles. Patrick frunció el ceño y dijo que bajaba a ver qué pasaba. La maestra ordenó a los niños que esperasen. Los que, desde que salieron del refugio, cantaban una canción cómica sobre las colonias de vacaciones callaron motu proprio. Patrick se acercó al grupo que formaba corro delante del café. De espaldas al autocar, con la coleta flotándole sobre la capucha del anorak, no se le veía la cara, sólo la del hombre a quien se dirigía, que le contestaba con violencia. Dos mujeres se enzarzaron también. Una de ellas blandía el puño, sollozando. Durante unos minutos, Patrick no se movió, y nadie abrió la boca en el interior del autocar. Al pararse el ventilador del aire con el motor, los cristales se cubrieron de vaho, y los niños lo desempañaban con el dorso de la manga o con la mano para enterarse de lo que ocurría fuera. Habitualmente, al hacer eso, dibujaban cosas o letras, pero Nicolas notó que algo le impedía hacerlo y, por el contrario, intentó trazar un círculo que no representaba nada, como si cualquier cosa pudiese resultar insultante para la gente congregada afuera. Se les veía capaces, al menor gesto que tomasen por una provocación, de volcar el autobús y quemarlo con sus ocupantes. Patrick se volvió por fin. Tenía también el rostro alterado, menos violento que la gente del pueblo, pero descompuesto. La maestra bajó de inmediato y fue a su encuentro, para no hablar en presencia de los niños. Hodkann rompió entonces el silencio, con voz que expresaba no una hipótesis, sino una certeza que todos compartían:

—Eso es que ha muerto René —dijo.

Había dicho «René», no «el chico que ha desaparecido», como si todo el mundo lo conociese, como si fuese uno de ellos, y Nicolas sintió que le invadía el horror, hasta entonces en suspenso por la espera. Patrick y la maestra subieron al autocar. La maestra abrió la boca, pero en vez de hablar cerró los ojos, se mordió los labios y se volvió hacia Patrick. Éste le posó suavemente la mano en el brazo y confirmó:

—De nada sirve ocultároslo. Ha ocurrido algo muy grave. Algo terrible. Han encontrado a René, el chico que había desaparecido en Panossière, y está muerto. Eso es todo. —Lanzó un suspiro, para que se viera lo mucho que le había costado pronunciar esas palabras.

—Lo han asesinado —dijo Hodkann desde el fondo del autocar, y de nuevo era más una afirmación que una pregunta.

—Sí —contestó Patrick con voz queda—. Lo han asesinado.

—¿No se sabe quién? —preguntó Hodkann.

—No, no se sabe quién.

La maestra se apartó el pañuelo que con los dedos crispados se apretaba contra la

boca y, haciendo acopio de fuerzas, acertó a hablar. Le temblaba la voz.

—Supongo —dijo— que entre vosotros habrá creyentes. Bueno, pues pienso que los que lo sean deberían rezar una oración. Estaría bien.

Reinó un largo silencio. Nadie se atrevía a moverse. Los cristales estaban tan cubiertos de vaho que ya no se veía nada fuera. Nicolas juntó las manos y quiso recitar para sí el padrenuestro, pero no lograba recordar las frases, ni siquiera la primera. Le parecía oír, muy lejana, la voz de su madre pronunciando retazos que él ahora no podía repetir. Su madre había sido en otro tiempo catequista. Desde que se mudaron de casa, eso se había acabado, y ya no les hacía rezar por la noche a su hermano y a él. Se imaginó —pero era del todo imposible, le horrorizaba tan sólo representarse los gestos— llevándose la mano al bolsillo de la cazadora, sacando el anuncio que le había dado el gendarme, desplegándolo —¡qué espanto el crujido del cartel!— y contemplando la foto de René. Se preguntó qué haría con ella durante las horas, los días venideros, si se atrevería a sacarla, a conservarla y dónde la guardaría. De haber traído la caja fuerte, habría podido meterla allí, y luego enterrarla, olvidar la combinación. Si alguien la encontraba en su bolsillo, o lo sorprendía mirándola, ¿no adivinaría a qué habían jugado Hodkann y él durante la noche?

La conversación nocturna, sus propias invenciones, le producían ahora el efecto de un crimen, de una participación inconfesable, monstruosa, en el crimen que se había producido de verdad. Recordaba el rostro rubicundo de René, su peinado «a lo tazón», sus dientes demasiado separados, aunque tal vez fuese un diente de leche que se le había caído; a lo mejor había puesto el diente debajo de la almohada, había esperado a que el ratoncito Pérez le dejara un regalo. Tras las gafas, los ojos se le nublaban de espanto, el espanto de un niño sobre quien se inclina un desconocido para matarlo, y Nicolas sentía pegarse a su propio rostro la expresión de René, abrirse su boca en un grito silencioso que no tendría fin. Casi habría deseado que en ese momento una mano se abatiese sobre su hombro, que un gendarme le hurgase en la cazadora y sacase el cartel que le denunciaba. Un gendarme, o el padre de René, destrozado de dolor, dispuesto a matar a su vez, que le mataría sin duda si supiese a qué habían jugado Hodkann y él. ¿Se hallaban los padres de René en el corro congregado en la plaza, del que les separaba ahora el opaco muro de vaho? ¿Seguían allí todos? ¿Qué hacía Hodkann? ¿Rezaba? ¿Rezaban todos a su alrededor, recogidos en esa capilla de vaho? ¿Tendría fin ese silencio, ese horror que los envolvía a todos y en el que él, sin que lo supiera nadie, estaba implicado?

No hubo clase de esquí. Regresaron al albergue e intentaron pasar como pudieron el día. Sin duda llegaría un momento en que podrían reanudar la vida normal, pensar en otra cosa, pero todos adivinaban que eso quedaba aún lejos, que no se produciría durante la estancia en la nieve. Nada se podía hacer, salvo esperar a que llegara. Jugar era imposible; la maestra decidió dar clase, primero un dictado, luego ejercicios de matemáticas. Como quedaba tiempo antes de comer y todos tenían que escribir al menos una carta a sus padres, propuso que lo hicieran. Pero, tras repartir unas hojas de papel, mudó de parecer.

—No —murmuró moviendo la cabeza—, no es el momento adecuado.

De pie en medio de la sala, apretando muy fuerte el paquete de hojas con las manos, cuyas articulaciones se le ponían blancas del esfuerzo, daba la impresión de estar extenuada.

Hodkann lanzó una risita malévola y propuso:

—Podríamos hacer una redacción. Contar un buen recuerdo de nuestra estancia en la nieve.

—¡Basta, Hodkann! —replicó la maestra, y repitió, casi gritando—: ¡Basta!

Era el único de los niños que se atrevía a hablar, como si —pensó Nicolas— el hecho de no tener padre le diera derecho a ello. Más tarde, durante la comida, en la que hasta el estrépito de los platos parecía envuelto en algodón, le preguntó a Patrick si habían encontrado a René cerca del albergue. Patrick titubeó y contestó que no, que a doscientos kilómetros, en otro departamento.

—Eso significa al menos una cosa —agregó—, y es que... —titubeó de nuevo—, y es que el asesino ya no anda por la zona.

—Significa también —añadió la maestra— que no tenéis nada que temer. Es horrible, es espantoso, pero se ha acabado. Aquí no corréis ningún peligro.

Se le quebró la voz al acabar la frase. Le temblaban los tendones del cuello. Miró a los niños sentados a la mesa como desafiándolos a desmentir esas palabras tranquilizadoras.

—Pero por fuerza han tenido que matarlo aquí —insistió Hodkann—. ¿Cómo pudo recorrer doscientos kilómetros solo?

—Mira, Hodkann —dijo la maestra con un tono en el que se mezclaban la súplica y una especie de odio—, me gustaría que dejáramos de hablar de eso. Ha ocurrido, no podemos hacer nada ni cambiar nada. Lamento terriblemente que a vuestra edad tengáis que enfrentaros a algo así, pero basta de hablar de ello. Basta, ¿entendido?

Hodkann se limitó a mover la cabeza, y la comida prosiguió en silencio. Luego, unos se pusieron a leer o a dibujar, otros a jugar a las siete familias. A los que querían jugar al escondite, se les ordenó que permaneciesen en el albergue y sobre todo que no salieran afuera.

—Pero ¿no hemos quedado en que ya no corríamos ningún peligro? —comentó

Hodkann, burlón.

—¡Basta, Hodkann! —dijo secamente la maestra—. Te he pedido que te calles, pero como veo que eres incapaz, sube al dormitorio. Y no quiero volver a verte hasta la cena.

Hodkann subió sin discutir. A Nicolas le hubiera gustado acompañarlo y hablar con él, pero aparte de que la maestra no le habría dejado, temía revelar una complicidad comprometedora. A partir de ahora, más valía tirar cada uno por su lado. Se quedó en un rincón, fingiendo leer un tebeo. Cada vez que volvía una página, le parecía oír el crujido del cartel en el bolsillo de la cazadora, que no se había quitado alegando que tenía frío. Así, tan abrigado, parecía estar esperando que lo llamaran para marcharse y no volver nunca más por allí. Flotaba ante sus ojos el cuerpo del niño, dislocado en la nieve. Pero quizá no había nieve donde lo encontraron. ¿Lo había matado el asesino allá o aquí? Aunque lo hubiera embaucado con regalos o promesas, como hacían —según los padres de Nicolas— esos hombres malos de quienes le habían dicho que desconfiase durante toda su infancia, era poco probable que René se hubiese dejado llevar tan lejos sin resistirse. Muerto o vivo, habría hecho el viaje en el maletero, y todavía era peor pensar que seguía vivo en ese momento. Encerrado en la oscuridad, sin saber adónde le llevaban.

Un día, el padre de Nicolas contó una de esas historias de hospital que traía de sus viajes, la de un niño a quien tenían que practicar una operación inofensiva y que, por un error del anestésista, había salido del quirófano sordo, ciego, mudo y parálítico de manera irreversible. Debió de recobrar la conciencia en la oscuridad. Sin oír nada, ver nada, ni notar nada en la punta de los dedos. Sepultado en un bloque de tiniebla eterna. Todos se congregaban en torno a él, y él no lo sabía, no lo sabría nunca. En un mundo muy próximo, pero para siempre cercenado del suyo, sus padres, los médicos, descompuestos de horror, escrutaban su cara pálida como la cera sin saber si el niño, tras aquellos ojos entornados, sentía y podía comprender algo. Primero, pensaría que le habían vendado los ojos, quizá que le habían escayolado el cuerpo, que estaba en una habitación oscura y silenciosa, pero que por fuerza alguien acabaría por venir, encender la luz, liberarlo. Confiaría en que sus padres lo sacarían de allí. Pero el tiempo pasaba sin poderlo medir, minutos, horas o días en la oscuridad y el silencio. El niño gritaba y no oía ni su propio grito. En medio de ese pánico lento, inexpresable, su cerebro trabajaba, buscaba una explicación. ¿Enterrado vivo? Pero ni siquiera tenía brazos con que tocar la tapa del ataúd. ¿Llegó en algún momento a sospechar la verdad? ¿Y René, maniatado en el maletero, la sospechaba? Notaba los baches de la carretera, rodaba hacia uno y otro lado, se daba contra el canto de una maleta, con la punta de los dedos tocaba una manta vieja. ¿Se imaginaba el perfil invisible del conductor ante el volante? ¿El momento en que, tras aparcar el coche en un paraje oculto del bosque, bajaría, daría un portazo, se acercaría al maletero y lo abriría? Primero un hilo de luz, el hilo se agranda, el rostro del hombre se inclina y René sabe entonces, con una certeza total, que va a empezar lo peor y que no tiene

salvación. Se acuerda de su vida de niño feliz, de sus padres que le quieren, de los amigos, del regalo que le trajo el ratoncito Pérez cuando se le cayó el diente de en medio, comprende que aquella vida desemboca en eso, en esa realidad atroz y más real que todo cuanto la ha precedido. Todo lo anterior no era más que un sueño y ése es el despertar, el oscuro habitáculo en el que yace maniatado, el tintineo de la llave en la cerradura del maletero y el hilo de luz en el que se enmarca el rostro del hombre que va a matarle. Ese instante es su vida, la única realidad de su vida, y sólo puede gritar, gritar con todas sus fuerzas, un grito que nadie oirá nunca.

Después de merendar, Patrick decidió montar otra sesión de relajación.

—Para intentar quedarnos con la mente en blanco —dijo.

Pero Nicolas no logró quedarse con la mente en blanco y, aun con los ojos cerrados, notaba que los demás tampoco lo conseguían. Tumbados en el suelo, abiertos de brazos y piernas, todos tenían parecerse al niño muerto. Patrick, como la otra vez, les hablaba con voz tranquila, les decía que no pensasen en nada, que se sintiesen pesados, pesados, que se hundiesen en el suelo, que se dejaran ir. Una tras otra, nombraba las partes del cuerpo que debían sentir pesadas, pero ahora, sólo con oír sus nombres, tenían miedo, las imaginaban sometidas a tortura. Cuando Patrick decía brazo, pantorrilla, columna vertebral, planta de los pies, sensación de calor en la punta de los dedos, lo hacía con paciencia y ternura, su voz los envolvía con dulzura, quería tranquilizarlos, decirles que todos esos trozos suyos eran amigos, que trabajaban por su bien, y sin embargo los músculos se contraían, todo estaba rígido, tenso, encogido, como se queda uno cuando le atacan por todas partes y hasta en su propio interior. Patrick decía que respirasen tranquila, profunda, regularmente, que dejaran que la ola llenase y vaciase el vientre, flujo y reflujo, pero les faltaba aire, se les cortaba como en la garganta del niño estrangulado. La sangre latía en las sienes, los dedos se aferraban al suelo. Ruidos extraños, difíciles de identificar, zumbaban en los oídos. Choques sordos, un gorgoteo que procedía sin duda del radiador, junto al que estaba echado Nicolas, pero que recordaba también un coche circulando demasiado deprisa por un bache o sobre un gendarme tumbado. Era una expresión que su padre le había enseñado a Nicolas. Le daba risa, era de las pocas cosas que le daban risa: el pensar en las ruedas pasando por encima del gendarme tumbado. El coche traqueteaba en su interior, por ese paisaje oscuro, accidentado, lleno de trampas y precipicios en cuyo fondo chapoteaban los líquidos segregados por glándulas blandas cuyo nombre ignoraba. Se abría camino por su cuerpo, giraba como en una carretera llena de curvas entre esas cosas tibias y viscosas que contenía su vientre, salvaba el puerto del diafragma, donde un peso casi insoportable lo clavaba al suelo, subía por el desfiladero cavernoso de los pulmones hacia su garganta, se disponía a salir por su boca, iba a escupirlo, con la carga horrible y traqueteada de su maletero. Estirado junto a la ventana, bajo el radiador ardiendo, Nicolas oía zumbar el motor cada vez más fuerte, cada vez más próximo. Veía acercarse el coche desde debajo, como en el taller cuando lo subían en el elevador. Todo ese metal chamuscado, abombado por el recalentamiento, iba a pasarle por encima, los regueros de aceite y de sangre iban a escurrirse sobre él como los jugos con los que una araña envisca a su presa viva. Los neumáticos rechinaron en la nieve, tras la ventana. Paró el motor, se oyó primero una portezuela y luego la otra. Patrick dijo que siguieran, que no prestasen atención, pero nadie podía seguir, varios niños se habían levantado ya, se frotaban los ojos como al despertar de una pesadilla, miraban por la ventana la

camioneta de la que acababan de apearse los gendarmes. Llamaban ya a la puerta del albergue.

Ya está, pensó Nicolas: vienen a por mí. Buscó con los ojos a Hodkann, con la alocada idea de huir juntos, pero recordó que el otro estaba castigado en el dormitorio. La maestra recibió a los gendarmes y los invitó a subir al despachito que había sido el reino de Nicolas antes de que su vida volara en pedazos. Desde arriba, la maestra llamó a Patrick y a Marie-Ange para que subiesen, y Patrick hizo prometer a los niños que se portarían bien en su ausencia. Nadie pensaba en armar jaleo. Todos se quedaron paralizados, sin decir nada, en la postura en que los había sorprendido la llegada de la camioneta. Aguzaban el oído, esperando en vano escuchar lo que decían en el despacho, cerrado por primera vez desde que llegaran al albergue.

—¿De qué crees que hablarán? —preguntó por fin uno con voz titubeante.

—¿Pues de qué van a hablar? —contestó otro con desdén—. ¡Estarán investigando el crimen, toma!

Este intercambio de palabras desató las lenguas. Maxime Ribotton, dándose importancia, dijo que su padre era partidario de que a los sádicos los condenaran a muerte. Alguien preguntó qué era un sádico, y Maxime Ribotton explicó que llamaban así a la gente que cometía ese tipo de crímenes: violar y matar a niños. Eran monstruos. Nicolas no sabía lo que quería decir violar, y sin duda no era el único, pero no se atrevía a preguntarlo; en cualquier caso, adivinaba que tenía que ver con la cosa sin nombre, entre sus piernas, que era una forma de tortura relacionada con eso, la peor de todas, quizá consistente en cortarla o arrancarla. Le tenía impresionado la seguridad con la que Maxime Ribotton, de ordinario apático, trataba esos temas. «¡Monstruos!», repetía éste con feroz retintín, como si su padre y él hubieran pescado a uno y se dispusieran, antes de cortarle la cabeza, a torturarlo a su vez. En ausencia de Hodkann, las circunstancias revelaban en él a una especie de estrella, pues se puso a contar, alzando la voz, anécdotas de niños raptados, violados o asesinados que leía en el periódico de su padre, un periódico en el que al parecer sólo se hablaba de eso. Los «hombres malos» de los que hablaban en casa de Nicolas con angustiada pero evasiva insistencia, sin jamás precisar en qué se manifestaba su maldad, parecían ser, más que Chopin, Mendelssohn y los pantalones manchados, el principal tema de conversación de los Ribotton, y el día en que ese tema salía por fin a colación, Maxime, el mal alumno hipócrita, triunfaba.

Durante la discusión, Nicolas se había mantenido apartado, en el umbral del vestíbulo, y de pronto se llevó la sorpresa de ver a Hodkann bajar las escaleras corriendo y cruzar el vestíbulo muy deprisa hasta la puerta de entrada. Se cruzaron sus miradas, la de Hodkann tremendamente imperiosa, como si su vida y más aún dependiera del silencio de Nicolas. Salió del albergue sin hacer ruido. En el instante en que Hodkann cerraba la puerta tras él, se abrió la del despacho y se oyeron las voces de los gendarmes, la maestra y los monitores, que bajaron a su vez la escalera. Ribotton y los demás enmudecieron.

—Una investigación de este tipo —suspiró uno de los gendarmes— es un trabajo de hormiga. Buscas y buscas, sin saber por dónde tirar, y si das con el culpable, las más de las veces es porque se asusta y comete una tontería.

Los cinco parecían abrumados. Desde el vestíbulo, miraron hacia la sala donde estaban los niños, ahora silenciosos, y el otro gendarme, el que en el bar había sufrido aquel ataque de rabia impotente hablando de los desaparecidos, meneó de nuevo la cabeza y murmuró:

—Un crío de esa edad... Virgen Santa, ruega por nosotros.

La maestra asintió cerrando los ojos, con los párpados apretados, lo que ya había pasado a ser un tic desde la mañana. Luego se marcharon los gendarmes.

Nicolas y los demás niños vieron por la ventana cómo maniobraba la camioneta por la explanada cubierta de nieve y enfilaba entre los abetos el camino que llevaba a la carretera. Aunque nunca pasaba nadie por allí, salvo los ocupantes del albergue, los gendarmes pusieron el intermitente antes de girar.

Salvo Nicolas, nadie había reparado en la ausencia de Hodkann. Nicolas no sabía de qué tenía miedo, pero sentía un terrible temor. Ya la noche anterior, cuando discutieron lo que él llamaba su plan de campaña, Hodkann pensaba, o fingía pensar, que podría descubrir algún indicio peinando a fondo los alrededores del albergue — pese a que desde la desaparición de René había caído un montón de nieve— o preguntando, como quien no quiere la cosa, a los habitantes del pueblo si habían visto últimamente camionetas desconocidas. Nicolas, inquieto, no cesaba de recomendarle prudencia. Habría preferido incluso que Hodkann no preguntase nada a nadie, aun como quien no quiere la cosa, y que con la excusa de la investigación se limitasen a proseguir todas las noches esa conversación cuchicheada, clandestina, excitante por obra de una amenaza que para Nicolas no habría perdido nada siendo imaginaria. Ahora que se había producido la tragedia, ¿qué pretendía hacer Hodkann? ¿Qué ocurriría si no estaba allí dentro de una hora, o esa noche? ¿Si desaparecía a su vez? ¿Si al día siguiente encontraban su cadáver descuartizado en la nieve? Tendría la culpa Nicolas por haber guardado silencio. Hablando a tiempo, o sea inmediatamente, acaso evitara lo peor.

Caía la noche. Habían encendido las luces. Nicolas se pegaba a Patrick, buscando la ocasión de hablar con él discretamente, pero cada vez que ésta se presentaba dudaba de nuevo y la dejaba pasar. Pensó que algo iba a atraer a todos, uno tras otro, fuera del albergue, que cada uno se lanzaría solo, absurdamente solo, en busca del anterior, y al final sería él, Nicolas, quien se encontraría solo, auténticamente solo, esperando que el que los había matado a todos se decidiese a entrar, para acabar de una vez por todas. Observaría el picaporte de la puerta de entrada, que lentamente se bajaría, y por fin llegaría el momento de afrontar ese horror que no tenía nombre, que desde siempre notaba rondar en torno a él, que estaría ahí.

Cuando llegó el momento de poner la mesa para cenar, la maestra recordó que Hodkann estaba castigado y le gritó, asomando la cabeza por el hueco de la escalera, que ya podía bajar. Nicolas temblaba, pero ocurrió lo que menos esperaba: Hodkann bajó tranquilamente y se reunió con los demás como si no hubiera abandonado el dormitorio en toda la tarde. Nunca supo Nicolas cómo ni cuándo había regresado.

La cena transcurrió en un ambiente lúgubre contra el que nadie intentó luchar. Luego se fueron a la cama, más pronto que de costumbre.

—Intentad dormir bien, chicos —dijo Patrick—. Mañana será otro día.

Nicolas se dirigió hacia lo que había pasado a ser su habitación, pero la maestra le dijo que ya no estaba enfermo y que podía volver al dormitorio comunitario.

Al ir a recoger el pijama, hecho una bola bajo el cojín del sofá, se entretuvo un instante en el despacho que ya no era su cuarto desde la llegada de los gendarmes. La suave luz de la lámpara de mesa, bajo la pantalla naranja, le dio ganas de llorar. Para contenerse, se mordió la muñeca en la que Patrick le había atado la pulsera brasileña,

ya un poco deshilachada. Le vino a la memoria el día en que se mudaron, año y medio atrás. La decisión de abandonar la ciudad donde pasara su infancia se había tomado muy rápidamente, con una precipitación para él incomprensible. Su madre le repetía con vehemente insistencia que sería mucho más feliz en el lugar adonde iban, que haría muchos nuevos amigos, pero su nerviosismo, sus arrebatos de ira y de sollozos, su manera de apartar con la mano, como a un enemigo, el mechón de pelo sin brillo que le caía sin cesar en la cara, poco contribuían a que Nicolas creyera sus palabras de consuelo. Su hermanito y él habían dejado de ir a la escuela y su madre los tenía con ella todo el tiempo en casa. Los postigos permanecían cerrados incluso de día. Era verano, y resultaba sofocante ese clima de asedio, de catástrofe, de secreto. Nicolas y su hermano preguntaban por su padre, pero –según su madre había emprendido un viaje muy largo y se reuniría con ellos en la otra ciudad, en el otro piso. El último día, una vez embalado todo en las cajas que tenían que venir a buscar los de la mudanza cuando ellos se hubieran marchado, Nicolas se sentó en medio de su cuarto vacío y lloró como se llora cuando se tienen siete años y ocurre algo horrible que uno no comprende. Su madre quiso abrazarlo para consolarlo, no cesaba de repetir «Nicolas, Nicolas», y él sabía que le ocultaba algo, que no podía fiarse de ella. Su madre también se echó a llorar, pero como no le decía la verdad, ni siquiera podían llorar juntos.

El regreso al dormitorio dificultaba también el conciliábulo secreto que tenía que mantener con Hodkann. ¿Adónde había ido y a hacer el qué? No había roto, pues la maestra no le quitaba ojo, el lúgubre silencio de la cena, y se había metido en la cama sin siquiera cepillarse los dientes ni hablar con nadie, vuelto hacia la pared en la actitud de una fiera a la que más vale no molestar. Nicolas, tumbado en la litera de encima, tieso como una estatua yacente, se preguntaba si dormía o no. Así transcurrió una hora. Por fin Hodkann susurró: «Nicolas», salió sin hacer ruido de la cama y le indicó que le siguiera. Nicolas bajó la escalera de la litera y salió con él al pasillo, caminando de puntillas. En el momento en que pasó delante de él, Lucas se incorporó rezongando: «¿Qué hacéis?», pero Hodkann, asomando la cabeza por la puerta, se limitó a decir «¡Cierra el pico!» con voz sorda. El otro no chistó. Por prudencia, se alejaron del dormitorio, acercándose hasta la ventana del fondo del pasillo. Hodkann, con gesto ágil, se encaramó al antepecho y se colocó de espaldas a la ventana. Su figura se recortaba nítidamente sobre las masas negras y blancas de los abetos que se mecían bajo la nieve, mientras que su rostro permanecía en la oscuridad. A Nicolas le dio miedo esa oscuridad.

—Bueno, ¿qué? —murmuró.

—¿Es un R 25 gris el coche de tu padre? —preguntó Hodkann con voz neutra.

Nicolas comprendió que lo que le helaba la frente era lo que en las historias de terror que leía a escondidas llamaban sudor frío. No contestó.

Hodkann continuó hablando:

—Sí que es un R 25, lo recuerdo muy bien. Antes, cuando han venido los gendarmes, he bajado del dormitorio y he escuchado lo que decían detrás de la puerta del despacho. Han hablado de lo que le habían hecho a René, y eso prefiero no contártelo. Todavía estoy enfermo. Luego han preguntado si alguien había visto un R 25 gris por la zona. Los monitores han contestado que no, no se les habrá ocurrido, o no se fijarían cuando estuvo tu padre. Conque lo he pensado y, cuando he visto que se marchaban, he bajado a toda prisa, antes que ellos, y he salido a esperarlos a la carretera. —Hodkann calló unos instantes y agregó—: Les he contado todo.

Enmudeció de nuevo. Nicolas no se movía. Miraba aquel rostro sumido en la oscuridad.

Entonces cambió el tono de Hodkann. Sin querer renunciar a su autoridad, ahora se justificaba.

—Escucha, Nicolas —susurró—, había que hacerlo. Ya sé que te había prometido no hablarlo con nadie, pero tu padre está en peligro. Seguro que lo están buscando por eso, ¿por qué va a ser, si no? En estos momentos, igual lo tienen prisionero los traficantes. Igual lo han matado —dijo con súbita brutalidad, como para hacer reaccionar a Nicolas—. Pero si no lo han matado, todavía están a tiempo de dar con él, y desde luego no lo encontraremos nosotros buscando huellas de pasos en la nieve.

No es cosa del Club de los Cinco, Nicolas, esos tipos son unos monstruos. Escucha, Nicolas —insistió, casi suplicante—: si hay una posibilidad de salvar a tu padre y la dejamos escapar, ¿no crees que te lo reprocharás toda la vida? ¿Y si muere por tu culpa? Imagina lo que será luego tu vida.

Hodkann se interrumpió, viendo que su discurso no producía ningún efecto en Nicolas, que estaba petrificado. Cansado de insistir, se encogió de hombros:

—De todas formas, ya está hecho. —Luego, deslizándose del antepecho de la ventana, alargó la mano para coger la de Nicolas.— Nicolas... —murmuró con atribulada dulzura.

Nicolas dio un paso atrás para que no le tocara.

—Nicolas, entiendo... —insistió Hodkann.

Le acarició el pelo, quiso arrimar la cabeza contra su hombro, y esta vez Nicolas se dejó. De pie, apretado contra el pecho de Hodkann, que seguía acariciándole el pelo y repetía suavemente su nombre, notaba el calor de su cuerpo inmenso, blanco y mullido, mullido como una enorme almohada de la que sólo sobresalía esa cosa dura y sin nombre que se apretaba contra su vientre. Él, por el contrario, se hallaba totalmente rígido, contraído, como aprisionado en el hielo, pero entre sus piernas todo estaba blando y vacío. No había nada allí, el vacío, un territorio ausente. Con los ojos abiertos de par en par, miraba tras el hombro de Hodkann, tras la ventana, la masa negra de los abetos que se combaban bajo la nieve y, más atrás todavía, la oscuridad.

Veinte años más tarde, una noche de diciembre, Nicolas, cruzando unos jardines, atravesó la explanada desierta del Trocadero y oyó que lo llamaban por su nombre. Vio a un hombre muy alto, muy gordo, una auténtica mole humana, sentado en un banco de piedra al pie de una estatua dorada que representaba a un héroe de la mitología griega. En el banco, junto a él, había una botella de vino tinto y un salchichón en cuyo envoltorio arrugado refulgía la hoja de una navaja. El hombre tenía la cabeza rapada, el cráneo abollado, la barba larga y negra. Con aquella ropa informe, que se adivinaba sucia, parecía un vagabundo o un ogro. Nicolas reconoció a Hodkann tan instantáneamente como éste lo había reconocido antes a él. Hodkann repitió su nombre con tono de paródico afecto, con voz burlona y ronca, cargada de amenaza. Nicolas permaneció inmóvil a diez pasos de él, con la mano crispada en el asa de la cartera, sin atreverse a marcharse ni a salir corriendo. Durante todos aquellos años, se había preguntado si Hodkann se había creído de verdad el cuento de los traficantes de órganos. Había tenido sueños en los que se le aparecía su compañero, y eran siempre pesadillas. De pronto Hodkann asió la navaja y se levantó lanzando un rugido. De pie, era todavía más alto, y cojeaba. Se abalanzó hacia Nicolas, con los brazos hacia delante, cual oso que se lanza a la carga. Nicolas comprendió que iba a matarlo, y echó también a correr. Lo oía rugir y jadear tras él. Lo dejó atrás, pero no se atrevió a volverse hasta llegar a la plaza del Trocadero, donde pasaban coches y gente. Hodkann había renunciado a perseguirlo. Se balanceaba, solo en medio de la explanada, delante de la Torre Eiffel iluminada para las fiestas navideñas. Con la cabeza alzada hacia el cielo, reía, con una risa descomunal, estruendosa, que nada podía detener, ni siquiera los ataques de tos y los jadeos que le sacudían, y en esa risa latía un lamento sin nombre y un odio demente, ambos soterrados durante todos aquellos años y entredevorándose en el fondo de la garganta de Hodkann. Un agente de policía oyó aquella risa que producía escalofríos, echó una mirada a la ruina humana que se bamboleaba por la explanada y luego al transeúnte sin resuello que acababa de escapar de él.

—¿Le ha molestado? —preguntó, esperando que el transeúnte contestara que no y no hubiera motivo para intervenir.

Nicolas no contestó. Permaneció un rato mirando a Hodkann, que reía a la muerte bajo las estrellas heladas. Luego se alejó con su cartera en la noche.

Encontraron a Nicolas, por la mañana, acucillado en el pasillo al pie de la ventana abierta, por la que entraban remolineando copos de nieve. Le castañeteaban los dientes, no dormía, no hablaba. De nuevo, como si los gestos posibles fueran cada vez más escasos, Patrick lo llevó en brazos hasta el sofá del despacho. La maestra, en esta ocasión, se mostró más irritada que compadecida. Conforme, Nicolas era sonámbulo y no se le podía echar en cara el que estuviera trastornado en un día semejante, pero ella también estaba trastornada, agotada. No tenía intención de participar en el gran paseo que proyectaba Patrick para llenar el día, esperaba aprovechar para descansar sola en el albergue y no le hacía especial ilusión tener que cuidar de un niño enfermo y caprichoso. Con todo, como saltaba a la vista que Nicolas no estaba en condiciones de caminar, le dejaron que volviera a ocupar provisionalmente su sitio en el sofá del despacho, y la maestra se retiró a su habitación. Los niños se fueron con Patrick y Marie-Ange. Se quedaron solos.

Transcurrieron dos horas. Nicolas se había tapado la cara con la manta y, sin moverse, sin casi sentir nada, esperaba. Le habría gustado recobrar el maravilloso calor de la fiebre, meterse en su concha de olvido, pero no tenía fiebre, sólo frío y miedo. La maestra no acudió a traerle agua, ni a hablar con él. No hubo comida. Nicolas ni siquiera sabía dónde estaba la habitación de la maestra.

Debió de quedarse dormido también, pues lo despertó el timbre del teléfono. Ya había oscurecido; sin embargo, los demás aún no habían regresado. Nicolas miró el teléfono. El auricular temblaba ligeramente en el soporte. Aquello duró bastante. El timbre enmudeció y volvió a sonar. Entró la maestra y descolgó, tras decirle a Nicolas que podía haber cogido él el teléfono. Tenía el rostro soñoliento, abotargado, el pelo alborotado.

—¿Sí? —dijo—. Sí, soy yo... Sí, precisamente está conmigo... —Miró a Nicolas, sin sonreír. Luego frunció el ceño—. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?... Bien... —Bajó el auricular y pidió a Nicolas—: ¿Puedes dejarme sola un minuto, por favor?

Nicolas se levantó y salió lentamente, sin dejar de mirarla.

—Deberías ir abajo, estarás mejor —agregó la maestra cuando llegó al pasillo, y cerró la puerta.

Nicolas caminó hasta la escalera y se sentó en los primeros peldaños, con las rodillas apretadas entre los brazos. No oía nada de lo que se decía en el despacho; aunque quizá la maestra se limitara a escuchar a su interlocutor. Por un instante, pensó en levantarse y acercarse de puntillas, pero no se atrevió. Al apoyar el hombro en la barandilla de la escalera, la madera crujió secamente. A pocos metros de él, se filtraba un rayo de luz naranja bajo la puerta del despacho. Le parecía percibir un ruido ahogado, como un sollozo contenido. La conversación duró mucho rato, sin que pudiera captar nada más. Todo se perdía en un pozo de silencio. Al fondo, muy lejos,

espejeaba un agua oscura.

Por fin, oyó colgar el teléfono. La maestra no salió del despacho. Debía de estar de pie, en la postura en que la había dejado él, con la mano aún posada en el auricular, cerrando muy fuerte los ojos, como conteniéndose para no gritar. O se había tumbado en el sofá y mordía la almohada que aún ostentaba la impronta de la cabeza de Nicolas. Cuando, unos días atrás, la había imaginado enterándose por teléfono de la muerte accidental de su padre, primero se alejaba, como acababa de hacerlo, pero luego salía del despacho, se acercaba a él, lo abrazaba. Lo bañaba en sus lágrimas, repetía su nombre. Era una escena terrible, pero dulce, infinitamente dulce, que ahora ya no podría ocurrir. Ahora le daba miedo salir, verlo, hablar con él. Y, sin embargo, por fuerza tenía que salir, no se iba a quedar toda la vida en ese despacho. Nicolas, cruelmente, se imaginaba su angustia, el peso insoportable que la abrumaba desde que había colgado el teléfono. Ni ella ni Nicolas se movían. Seguramente se daba cuenta de que él estaba ahí, esperando. Si llamaba a la puerta, le gritaría que no entrase ahora, todavía no, quizá echase la llave. Sí, eso era, se encerraría allí para que no le viera la cara ni ver la suya. Si se lo proponía, sería fácil asustarla. Bastaría decir una palabra en el silencio del pasillo. O ponerse a canturrear. Un canturreo leve, inocente, obstinado, una canción infantil: la maestra no podría aguantarlo, se pondría a gritar tras la puerta. Pero no canturreó, no dijo nada, no se movió. Le correspondía a ella, no a él, hacerse cargo de lo que luego ocurriera, porque bien ocurriría algo, habría gestos, se pronunciarían palabras. Cuando menos palabras anodinas, palabras que sólo servirían para dar el pego y fingir que la vida seguía, que no se había producido la llamada. Porque a lo mejor salía del paso así, fingiendo que no se había producido la llamada. Esperando que volviesen a telefonar y que alguien, más valiente, cogiese el teléfono. Lo cogería Patrick. El gendarme que había llamado no entendería nada. Diría que él había hablado con la maestra, que la había puesto al corriente, pero ella movería la cabeza, cerraría los ojos, contra toda evidencia juraría que no, que debía de haber contestado otra persona y se había hecho pasar por ella.

Llegó la noche. Por la ventana donde tuviera lugar la conversación con Hodkann se veía caer la nieve entre los abetos. Se oyó ruido abajo. Volvía la clase. Luces encendidas, gritos, rumores. Tras ese largo paseo, debían de tener las mejillas bien rojas, y tal vez habían olvidado por unos instantes el horror de la víspera. Para ellos era sólo el horror de la víspera; día tras día éste iría alejándose, atenuándose, pronto sería un recuerdo que los padres se esforzarían en no sacar a colación. Las madres lo comentarían entre ellas a media voz, con guiños y caras compungidas. Pero para Nicolas sería siempre, siempre, como ahora, en lo alto de la escalera, mientras esperaba a que la maestra se armara de valor para salir.

Patrick, al subir, se lo encontró sentado en la escalera, en el pasillo tan sólo iluminado por la luz de la planta baja.

—¿Qué haces ahí, muchachote? —preguntó amablemente—. Estarías mejor en el

despacho.

—Está la maestra —murmuró Nicolas.

—Ah, vaya. Con que no quiere saber nada de ti. —Patrick se echó a reír y apuntó —: ¡Eso es que estará hablando con el noviete!

Llamó a la puerta del despacho, por guardar las formas, y, como había previsto Nicolas, la maestra preguntó quién era, con voz alterada. Al ver que era Patrick, abrió la puerta, pero la cerró de inmediato. Ahora se encierran los dos, pensó Nicolas. Pronto estarían allí todos, menos él, y cada cual intentaría descargar en su vecino el engorro de acercársele, de hablar con él. ¿De decirle la verdad? No, no podrían. Nadie podría decirle aquella verdad a un niño. Aunque bien tendría que hacerlo alguien. Nicolas esperaba, casi con curiosidad.

Patrick permaneció largo rato en el despacho, pero al menos él tuvo el valor de salir e ir a sentarse con Nicolas en los escalones. Cuando le cogió la muñeca para comprobar lo gastada que estaba la pulsera brasileña, le temblaban las manos.

—¡Caramba, pues sí que es fuerte! —dijo, y, aterrado de inmediato por el silencio, se puso a contar una anécdota sobre generales mexicanos y Pancho Villa de la que Nicolas no entendió nada, ni intentó entender, pero que debía de ser graciosa porque Patrick la subrayaba con risitas que sonaban falsas. Hablaba por hablar, hacia lo que podía, y Nicolas se lo agradeció. De haber sido capaz, le habría interrumpido y le habría mirado a los ojos diciéndole que era inútil contarle esas historias de Pancho Villa, y que quería saber la verdad. Patrick lo advirtió y de pronto interrumpió el relato, que distaba de haber acabado. Sin tratar de disimular su derrota, tragó aire como si se ahogara y dijo muy deprisa—: Verás, Nicolas, ha habido un problema en tu casa... Es una lástima por las clases de esquí, pero la maestra, y yo también, pensamos que sería mejor que volvieses a casa... Sí, sería mejor —agregó para colmar el silencio.

—¿Cuándo? —murmuró Nicolas, como si fuese la única cuestión que se plantease.

—Mañana por la mañana —contestó Patrick.

—¿Vendrán a buscarme?

Nicolas se preguntó si prefería o no ir con los gendarmes.

—No —dijo Patrick—, te acompañaré yo. ¿Te apetece ir conmigo? No nos llevamos mal, ¿no?

Intentando sonreír, revolvió el pelo a Nicolas, que se mordió los labios para no llorar pensando en los reyes del mambo. Patrick debía de haberse quedado aliviado de no haber tenido que contestar más que a preguntas sobre la organización del viaje y no sobre el motivo de éste. Quizá le parecía extraño que Nicolas no mostrase más sorpresa. Con todo, el niño preguntó, con voz casi inaudible:

—¿Es grave? ¿Qué ha pasado en mi casa?

Patrick meditó y dijo:

—Sí, creo que es grave. Te lo explicará tu mamá.

Nicolas, cabizbajo, empezó a bajar la escalera, pero Patrick lo sujetó, le oprimió

con fuerza el hombro y dijo tratando de sonreír:
—Ánimo, Nicolas.

La maestra no bajó a cenar. Maxime Ribotton, que no quería renunciar a su nuevo tema de conversación, comenzó a hablar otra vez de los sádicos asesinos de niños y del trato que su padre y él eran partidarios de aplicarles. Patrick le ordenó secamente que se callase. Nicolas, sin despegar los ojos del plato, se comió las patatas gratinadas que había preparado el cocinero para que repusieran fuerzas los excursionistas. Al final, Patrick propuso que para darle las gracias gritaran: «¡Hip hip hip hurra!», tres veces, y Nicolas gritó tres veces con los demás: «¡Hip hip hip hurra!»

Luego preguntó a Patrick si podía dormir en el despacho la última noche. Patrick se lo pensó antes de decir que sí, y Nicolas comprendió que era por el teléfono. Subió a acostarse antes que los demás, sin despedirse y sin que nadie se fijase en él, menos Hodkann, que desde la cena no despegaba la vista de él.

Nadie, al parecer, sabía que se marchaba.

Un cuarto de hora después, fue a verle Patrick y le dijo que saldrían al día siguiente muy de mañana. Tenía que dormir bien. ¿Quería una pastilla para ayudarle a dormir? Nicolas dijo que sí y se tragó la pastilla con un poco de agua. Era la primera vez que tomaba un somnífero. Sabía que uno podía morir si se tomaba muchos a la vez. En la época de la mudanza y de la larga ausencia de su padre, había buscado por toda la casa el tubo que éste utilizaba. Pero debía de habérselo llevado, o lo habría guardado su madre en un cajón cerrado con llave.

Patrick se sentó al borde de la cama para hablar, pero no encontraba las palabras. En lo sucesivo nadie encontraría palabras para dirigirse a él. Patrick se veía reducido a hacer los mismos miserables gestos que antes, la mano apretándole el hombro, la media sonrisa triste y afectuosa. No se atrevió a repetir «ánimo», notando probablemente lo hipócrita que ello resultaba. Permaneció sentado un minuto sin decir nada, y luego se levantó. Había juntado y metido en una bolsa de plástico la ropa nueva de Nicolas, la que le había comprado en el supermercado. Antes de apagar la luz y de salir, dejó la bolsa al pie de la cama, lista para el día siguiente. Nicolas recordó su bolsa, cuidadosamente preparada ocho días antes de marchar al cursillo de esquí. La habrían encontrado los gendarmes en el maletero del coche y seguro que la habían registrado. Se preguntó si habrían conseguido abrir la caja fuerte y lo que habrían descubierto en ella.

Nicolas no notó que se dormía, pero se despertó antes de que amaneciera. No reconoció el cuarto a su alrededor y primero pensó que estaba en la habitación de su casa. Tenía miedo porque, mientras dormía, rompiendo la promesa que le hacían cada noche, habían cerrado la puerta y apagado la luz del pasillo. Murmuró: «Mamá», estuvo a punto de repetirlo más fuerte, pero se contuvo y de repente lo recordó todo. Permaneció un rato sin moverse, deseando que la noche durase siempre. Así debían de esperar los condenados a muerte. Mientras sus ojos se habituaban a la oscuridad, se preguntó si no habría algo, oculto en la habitación, que de un modo u otro pudiera ayudarlo. Detener el curso de las horas, impedir que le afectara, hacerlo desaparecer. Pero no vio nada. Ocultarse bajo la cama sería inútil. Telefonar, pero ¿a quién pedir auxilio? ¿Qué decir?

Al acercarse a la ventana, advirtió que tenía barrotes. Había dormido allí tres noches sin reparar en ellos. O a lo mejor los habían puesto mientras dormía, para asegurarse de que no escaparía. Pero parecían viejos; estaban muy hundidos en el cemento. No se había fijado.

No había otra salida que la puerta. Hurgó en la bolsa de plástico y se vistió a tuestas. Al ponerse la cazadora, provocó el crujido familiar y siniestro del papel con la foto de René. Abrió los cajones del escritorio, buscando dinero que le facilitara la huida, pero no encontró nada. Sin hacer ruido, abrió la puerta y salió.

En la sala de abajo no había más que una lámpara encendida que alumbraba un poco la escalera, en lo alto de la cual se apostó una vez más. Patrick y Marie-Ange estaban ya levantados. Hablaban muy bajo, pero reinaba tal silencio en el albergue que Nicolas alcanzaba a oírlos.

—Un terrón —dijo Marie-Ange, y la cucharilla tintineó en la taza.

—De cualquier modo —prosiguió Patrick—, los críos se enterarán enseguida. Y si los del pueblo se enteran de que está aquí, tal como están los ánimos, no sé de qué son capaces.

—Tampoco tiene él ninguna culpa —dijo muy quedo Marie-Ange. Lanzó un profundo suspiro y murmuró—: Qué horror, Señor, qué horror...

Nicolas oyó un sollozo, y de nuevo a Patrick:

—Mira, es espantoso lo que le ha ocurrido a René, pero creo que todavía me da más lástima él. ¿Tú sabes lo que es apechugar con eso? ¿Qué va a ser de su vida?

Se produjo un silencio, y Marie-Ange, sin dejar de sollozar y de remover con la cucharilla, dijo:

—Está bien que lo lleves tú. ¿Piensas decirle algo?

—No —contestó Patrick con voz sorda—. No me veo con fuerzas.

—¿Pues quién se lo dirá?

—No lo sé. Su madre. Debía de esperarse algo parecido el día menos pensado. Su padre ya tuvo problemas hace dos años. Aunque no tan grave, fue un asunto feísimo.

Nuevo silencio, sollozos. Luego, se oyó la voz de Patrick:

—Voy a despertarlo. Tenemos que marcharnos.

Patrick encontró a Nicolas de pie, completamente vestido, en lo alto de la escalera. Intentó leer en su rostro si los había oído. Pero no podía leerse nada en el rostro de Nicolas y, en cualquier caso, eso no cambiaba las cosas.

Cuando bajaron, Marie-Ange depositó su tazón encima de la mesa, se dio unos toques en los ojos enrojecidos con un kleenex hecho una bola y estrechó silenciosamente a Nicolas en sus brazos, muy fuerte. Besó también a Patrick en la comisura de los labios. Luego salieron los dos. Aún era de noche. Todo el mundo dormía en el albergue. Los pies se hundían en la nieve que había vuelto a caer. De sus bocas salían nubes de vapor, de una blancura casi opaca que contrastaba con la masa oscura de los árboles.

Al llegar al coche, Patrick pidió a Nicolas que le aguantara la bolsa de viaje mientras limpiaba con las manos los cristales cubiertos de nieve y se afanaba con los limpiaparabrisas, que la escarcha había pegado al cristal. Cuando acabó y abrió las portezuelas, Nicolas quiso subir delante, como la otra vez, pero Patrick dijo que no: iban a circular por una carretera principal y había controles de policía.

Nicolas contestó que sí. Sosteniendo el volante con una sola mano, Patrick hurgó en el maletín donde guardaba las casetes. Nicolas se preguntó si pondría la que habían escuchado el día del supermercado, pero Patrick eligió otra, más suave y lenta. La voz, acompañada solamente por una guitarra, sonaba casi doliente y, aun sin entender la letra en inglés, podía uno imaginarse que hablaba de un viaje en invierno, por carreteras nevadas, envueltas en sueño. Nicolas se desperezó en el asiento, haciéndose un cojín con la manta vieja y deshilachada que olía a perro. Estuvo a punto de preguntarle a Patrick si tenía uno en su casa, y también dónde vivía, en qué marco se desenvolvía su vida, pero para que no pareciera que buscaba conversación, no dijo nada. Patrick debía de temerse que le hiciera preguntas y se prometió no hacerlo. Al ir sentado detrás del asiento del acompañante, podía, alzando los ojos, ver el perfil borroso de Patrick, concentrado en la carretera. La coleta descansaba sobre su hombro, las manos que sujetaban el volante se veían morenas y musculosas, con los tendones salientes, exactamente las manos que a Nicolas le hubiera gustado tener de mayor, pero ahora sabía que era imposible. Estaba puesta muy fuerte la calefacción, para desempañar los cristales. Nicolas tenía las piernas dobladas, con las manos apretadas entre los muslos, y advirtió con sorpresa que podía dormitar, dejarse mecer como si tuviera fiebre por el calor, la música triste y tranquila, el ruido relajante del aire. A la ida, había contado en el mapa el número de kilómetros, cuatrocientos treinta, y todavía no habían hecho ni veinte. Mientras no saliese del coche, estaba en lugar seguro.

Cuando despertó, circulaban por la autopista; aunque ya no había nieve, el cielo estaba blanco. Patrick no había puesto más casetes, seguramente para no despertarle. Había quitado la ventilación. Miraba de frente, con el cuerpo muy erguido, la coleta descansando sobre el hombro, como si no se hubiera movido en todo el rato. Se dio cuenta de que Nicolas se había incorporado, pero guardó silencio. Sólo al cabo de unos minutos, seguramente tras pensárselo, se vio obligado a decir en un tono que pretendía ser jovial: «Qué, ¿hemos sobado bien?» Nicolas contestó que sí y volvió a reinar el silencio. Nicolas observaba los carteles para saber qué distancia los separaba aún de la ciudad donde vivía. Doscientos diez kilómetros. Habían hecho casi la mitad del viaje. Se reprochó el haberse dormido y el haber dejado pasar tan rápido esa primera mitad. Adivinaba que en lo sucesivo todo iba a acelerarse.

Patrick se desvió a la derecha y redujo velocidad en el carril que conducía a una estación de servicio Esso. Nicolas pensó en los cupones regalo de Shell y de repente se echó a llorar. Eran lágrimas, no sollozos, y corrían silenciosamente por sus mejillas. Patrick no habría reparado en ello si no se hubiera detenido en ese momento delante del surtidor de gasolina y se hubiese vuelto hacia él. Nicolas no pudo parar de llorar, pero bajó los ojos. Patrick permaneció un momento medio vuelto en el asiento, mirándolo sin decir nada. Murmuró «Nicolas...» una vez más. Era lo único de que

era capaz, repetir un nombre, con amor y desesperación. Los padres de René debían de hacerlo también, por la noche, acostados en la cama donde nunca más dormirían tranquilos, y también los del niño emparedado por la anestesia fatal. Otros, como el gendarme y Marie-Ange, decían también «Señor», «Virgen Santa», «Jesús Santo». La gente no podía ya hablarle, y entonces, fuesen o no creyentes, apelaban a ese último recurso: rezar por él, rogar a Jesús, resucitado o no, que se apiadara de él.

—Ven, Nicolas —acabó diciendo Patrick—, vamos a comer algo, que no has desayunado y tendrás hambre.

Nicolas no tenía hambre y sabía que Patrick tampoco, pero cuando llenaron el depósito fue con él a la cafetería.

Junto a la entrada había un expositor de periódicos ante el que a Patrick le acometió un instante de pánico. Hizo lo posible por ponerse delante y desviar la atención de Nicolas. Éste se dejó hacer dócilmente pero tuvo tiempo de entrever la foto y la palabra «monstruo» en el titular medio oculto al estar el periódico doblado. Patrick lo condujo rápidamente hacia el bufé y se cercioró de que no podía salir por otra puerta. Cogió un café para él, compró una pasta con chocolate y un zumo de naranja para Nicolas, y fueron a sentarse al rincón, junto a los servicios, donde había tres mesas pringosas de plástico gris, atestadas de vasos de cartón vacíos. Patrick saludó cortésmente a la única clienta del local, una mujer rubia que tomaba un café. Ésta le devolvió el saludo y sonrió a Nicolas, a quien esa sonrisa fascinó.

Su abrigo de pieles, brillante como si estuviera cubierto de rocío, se abría dejando ver un vestido azul de una tela suave, maravillosa. De su moño informal caían sobre la nuca unos cabellos rubios que apetecía acariciar. Producía una impresión de riqueza y de lujo que contrastaba con la grisura mugrienta del lugar, pero sobre todo de dulzura, una dulzura envolvente, mágica, casi irresistible. Era guapa: maravillosa, dulce y guapa. Tranquilamente, sin impaciencia, miraba el aparcamiento de fuera, el local siniestro en torno a ella, y cuando su mirada se detuvo de nuevo en Nicolas, volvió a sonreírle, con una sonrisa que no era distraída, ni tampoco insistente, pero se dirigía a él, personalmente, lo envolvía por entero con esa ternura celeste que emanaba de ella. El vestido de seda azul, bastante escotado, mostraba el nacimiento de los pechos, y a Nicolas le asaltó un pensamiento extraño: el interior de su cuerpo, sus vísceras, sus intestinos, la sangre que circulaba por sus venas debían de ser tan limpios y luminosos como su sonrisa. Le vino a la memoria el hada buena de *Pinocho*. A su lado no había nada que temer. Podía, si quería, hacer desaparecer el horror, hacer que lo que había sido no fuera, y si lo supiera querría, seguro que sí.

Patrick se levantó y dijo que iba un minuto a los servicios. Nicolas comprendió que su vida se jugaba en ese minuto. Tenía que hablar con el hada. Decirle que lo salvase, que lo llevase con ella a donde iba. No tendría que explicarle nada, estaba seguro de que comprendería, de que una frase bastaría. «Sálveme, señora, lléveme con usted.» Se sorprendería durante un instante, pero lo miraría atentamente, con esa atención, esa dulzura que traspasaban el corazón y daban ganas de llorar, y sabría

entonces que él decía la verdad, que sólo ella podía realizar el milagro. Diría «ven», lo cogería de la mano. Correrían hasta su coche, abandonarían la autopista en la primera salida. Circularían durante mucho tiempo, él al lado de ella. Conduciendo, le sonreiría, murmuraría que ya se había acabado todo. Irían lejos, muy lejos, hasta donde transcurría su vida, que era como ella, dulce, maravillosa y hermosa, y lo dejaría quedarse para siempre con ella, no expuesto a peligros, en paz.

Nicolas abrió la boca, pero no pudo articular ningún sonido. Tenía que llamar su atención, transmitirle un mensaje al menos con los ojos. Ella tenía que mirarle, que cruzarse con su silenciosa súplica, eso bastaría para que comprendiera. Sí, sí, comprendería. Sabría adivinar la agonía que se producía en el interior de ese niño con el que se había cruzado en la cafetería de una autopista, y que sólo ella podía salvarlo. Pero ya no lo miraba, miraba hacia afuera, siguiendo con los ojos a un hombre vestido de negro que caminaba a zancadas por el aparcamiento, hacia ellos. Con un nudo en la garganta, atenazada por el silencio que le subía del vientre, Nicolas vio acercarse al hombre y empujar la puerta acristalada. Incluyó hacia la mujer su rostro enamorado y le dio un beso en el cuello, junto a los cabellos rebeldes que escapaban del moño. Ella ya sólo tenía ojos para él. Nunca en la vida Nicolas había odiado tanto a alguien, ni siquiera a Hodkann.

—Ya está reparado —dijo el hombre—, podemos marcharnos.

El hada se levantó y salió con él. Al cerrar la puerta, hizo a Nicolas una señal con la mano. Luego le volvió la espalda. El hombre le rodeó los hombros con el brazo para darle calor y Nicolas los vio alejarse hacia el coche, subir, desaparecer. Tenía los dedos apretados bajo la mesa, anudados inextricablemente unos con otros, y vio que en el suelo, entre sus pies, corría una especie de filamento rojo y azul entre las bolsas vacías de azúcar y las colillas. Se le había caído la pulsera brasileña. Intentó recordar el deseo formulado en el momento en que se la atara Patrick, una semana atrás, pero no lo logró: tal vez a fuerza de dudar, de buscar el deseo que lo protegiera mejor de todos los peligros de la vida, no había formulado ninguno.

Durante el resto del viaje, Nicolas se preguntó cuáles habían sido sus últimas palabras. Una breve respuesta, sin duda, a Patrick en el coche. Había decidido no hablar más, nunca más. Era la única protección que podía ya imaginar. Ni una palabra, nunca sacarían ya nada de él. Se convertiría en un bloque de silencio, en una superficie lisa y resbaladiza contra la que rebotaría la desdicha sin hallar brecha alguna. Los demás le hablarían, si querían, si se atrevían, y él no les contestaría. No los oiría. No oiría lo que le dijera su madre, fuese verdad o mentira, seguro que una mentira. Contaría que su padre había tenido un accidente durante el viaje, y que por ese u otro motivo no podían visitarle en el hospital. O que había muerto, y tampoco irían a su entierro ni a rezar a su tumba. Cambiarían otra vez de ciudad, cambiarían quizá de apellido, con la esperanza de burlar el silencio y la vergüenza que los acompañarían a partir de ahora, pero eso ya no tendría nada que ver con él; él se callaría, se callaría siempre.

Al llegar al extrarradio de la ciudad, Patrick relejó las señas que le habían escrito en un trozo de papel y preguntó a Nicolas si sabía ir a su casa. Nicolas no contestó. Patrick repitió la pregunta, intentando captar su mirada en el retrovisor, pero Nicolas bajó los ojos y Patrick no insistió. Se detuvo ante un agente de policía, que le informó. Luego circularon por un barrio de las afueras, bajo la lluvia. Al llegar a la calle donde vivía Nicolas, resultó ser de sentido contrario y tuvieron que rodear la manzana de casas, pero había un sitio libre delante mismo de la puerta. Patrick tuvo que hacer dos maniobras para aparcar el coche. Ayudó a bajar a Nicolas y lo cogió de la mano, como a un niño pequeño. Pero no habló, no repitió su nombre. Su rostro vacío no expresaba ya nada.

En la estrecha portería del edificio, Patrick miró los nombres de los buzones. Había adivinado que Nicolas no le ayudaría a buscar. Esperaron en silencio el ascensor. Las puertas correderas rechinaron al cerrarse. Patrick tardó más de lo normal en pulsar el botón del piso. Seguía dándole la mano a Nicolas y se la apretaba muy fuerte. En el espejo oscuro que tapizaba el techo, Nicolas vio que lloraba. La caja donde estaban encerrados pareció hundirse en el suelo y luego se elevó con una sacudida. Se oían chirriar los cables. Nicolas deseó que la cabina se detuviese entre dos plantas y que se quedasen allí para siempre. O que una vez hubiese tomado altura, se soltase y se desplomase a toda velocidad en el pozo negro en el que los sepultaría.

El rellano era un largo pasillo sin ventanas, jalonado de puertas, y la suya quedaba al fondo. El botón de la luz relucía débilmente en la penumbra. Patrick no lo pulsó. Caminaron los dos por el pasillo, muy lentamente. Nicolas recordó la frase de Patrick, por la mañana: «¿Qué va a ser de su vida?» Llegaron ante la puerta, tras la cual no se oía ruido alguno. Patrick alzó la mano hacia el botón del timbre, esperó todavía más tiempo que en el ascensor y por fin llamó. Muy despacito, soltó la otra

mano de la del niño. No podía hacer nada más por él. La moqueta, en el interior del piso, amortiguaba los pasos, pero Nicolas sabía que la puerta iba a abrirse, que en ese instante su vida comenzaría y que en esa vida, para él, no habría perdón.

París, 9 de diciembre de 1994
Pors-Even, 2 de febrero de 1995



EMMANUEL CARRÈRE (París, 9 de diciembre de 1957, Francia) es un escritor, guionista y realizador francés, diplomado por el Instituto de Estudios Políticos de París.

Hijo de Louis Édouard Carrère y de la sovióloga de la Académie française Hélène Carrère d'Encausse, tiene dos hermanas, Nathalie Carrère y Marina Carrère d'Encausse.

Carrère estudió en el Institut d'Études Politiques de París (más conocido como «Sciences Po»).

Gran parte de su obra, tanto de ficción como de no ficción, se centra en los temas principales de la interrogación de la identidad, el desarrollo de la ilusión y el sentido de la realidad.

Varios de sus libros han sido llevados al cine, y en 2005, dirigió la adaptación cinematográfica de su novela *La Moustache*.

También fue presidente del jurado del libro Inter 2003, parte del jurado en el Festival de Cine de Cannes en 2010, y miembro del jurado de la Cinefoundation y las secciones de Cortometrajes del Festival de Cine de Cannes 2012.

Es autor de siete novelas, entre ellas *Una semana en la nieve*, dos libros sobre Werner Herzog y Philip K. Dick (*Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos: Philip K. Dick 1928-1982*, Minotauro) y varios guiones para el cine y la televisión. *El adversario* supuso su consagración indiscutible.